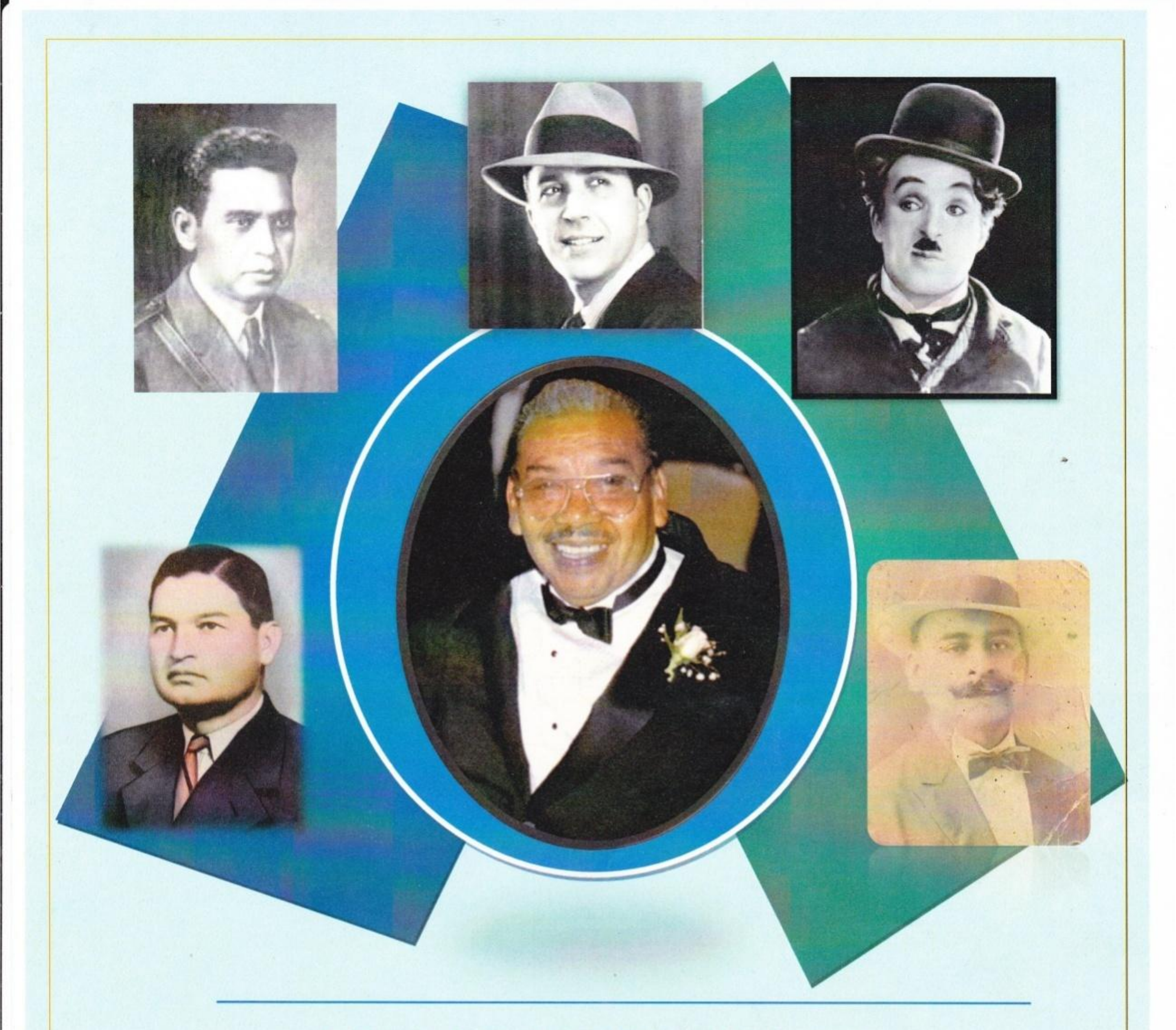


SALVADOR RIVERA, Mi padre
Un Salvadoreño Visionario y Emprendedor

Joaquín Rivera Larios

Joaquín Rivera Larios

Salvador Rivera, mi padre

Un salvadoreño visionario y emprendedor

Portada
Joaquin Eduardo Rivera Reyes

Diseño y diagramación
Claudia Lorena Reyes de Rivera

923.3

R621s Rivera Larios, Joaquín

Salvador Rivera, mi padre: un salvadoreño visionario y emprendedor/Joaquin Rivera Larios.

--1ª. ed.—San Salvador, El Salv.: [s.n.], 2012-10-05

84 p.; 20 cm.

ISBN:

1.RIVERA, SALVADOR-BIOGRAFIA

2.RIVERA, SALVAOR, -ANECDOTAS I. Tìtulo

1ª EDICIÓN
San Salvador, 2012

Indice

Salvador Rivera, mi padre
Un salvadoreño visionario y emprendedor

I. A MANERA DE INTRODUCCIÓN.

Al hilvanar estas líneas pienso en los héroes anónimos, aquellos sobre los que nunca se escribirá un libro, a los que nunca se les hará un homenaje público ni se les erigirá una estatua. Justamente por eso valoro tanto monumentos como el Hermano Lejano, el erigido a la Vendedora del Mercado, al Soldado Desconocido, porque entrañan un tributo a una masa anónima de personas, que no tenían antepasados ilustres, que carecían de abolengo, que jamás ocuparon altos cargos en el gobierno o en el sector privado, que no tuvieron círculos de influencia muy grandes, pero que en esos pequeños espacios que han interactuado han demostrado heroísmo, civismo, gallardía para vencer la pobreza, la adversidad y sacar a adelante a su familia. Me refiero a esa rara grandeza de las personas comunes y corrientes.

No puedo dejar de pensar en las implicaciones del cuarto mandamiento: "honrarás a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen sobre la faz de la tierra." Por cierto es el único mandamiento con promesa. ¿Cuál es el alcance de este mandato? ¿Se limita a honrar a nuestros padres en vida, o trasciende más allá de la muerte? Desde esa óptica positiva debemos auscultar la vida

de nuestros antepasados, porque aunque hayan fallecido, tenemos el deber ineludible de honrar su memoria.

Otro de los hechos curiosos que me inspiraron a escribir estas líneas, fue el discurso pronunciado el 8 de agosto de 1974 por el controversial Richard Nixon (1913-1994), al renunciar a la Presidencia de Estados Unidos, luego del escándalo de espionaje *Watergate,* en el que enalteció la abnegación y heroísmo de sus progenitores, y al referirse a su papá dijo: “Mi padre fue un hombre común…un hombre al que se le consideraría pequeño, pero él no se consideraba como tal, pero fue un gran hombre, porque cumplió con su trabajo, y cada trabajo cuenta hasta el máximo, a pesar de lo que pase…”

Hubo un libro que me permitió justipreciar en vida la valía de mi padre, y fue justamente la obra autobiográfica *Richard Nixon, en la arena* (1990), que tuve la fortuna de leer hacia 1993. Ahí relata la relación que el ex gobernante tuvo con su papá, Frank A. Nixon (1878-1956), y como éste lo apoyó a ganar concursos de oratoria, cuando era un adolescente. Menciona que cierto día iba a sostener un debate, en el que un exponente defendería la tesis que los insectos eran perjudiciales para la naturaleza, y el otro que eran beneficiosos. Y su padre lo llevó con un ontomólogo, para que lo asesorara. Narra también que mientras afeitaba a su papá que yacía en su lecho de muerte, éste lo animaba a luchar para llegar más alto. En esa época Nixon era Vicepresidente bajo la administración del General Dwiet D. Eisenhower.

Y así fue, la memoria de sus padres fue una fuente constante de inspiración en la carrera de grandes altibajos de Nixon: ascendió al poder, experimentó deshonrosas derrotas, pero se reivindicaba. Sin duda fuerzas ancestrales lo llevaron a ascender a la cúspide del poder, y a remontar con gran determinación cada tropiezo. Perdió la lucha por la Presidencia en 1960 frente a John F. Kennedy, en apretada elección; fue derrotado en la disputa por la Gobernación de California en 1962, y cuando muchos creían que era un cadáver político, volvió a la arena, y ganó dos elecciones presidenciales sucesivas en 1968 y en 1972. Incluso después del escándalo de espionaje *Watergate,* que lo obligó a abandonar la Presidencia, en medio del descrédito y la censura popular, escribió seis libros y viajó por el mundo como un respetado estadista. Fue sepultado con honores el 27 de abril de 1994.

Pero hay casos particularmente relevantes de grandes personajes que tuvieron padres, cuya presencia física en sus vidas fue casi inexistente. Así ocurrió con Mario Vargas Llosa, Premio Nobel 2010 y Barack Obama, el primer Presidente Afroaméricano de Estados Unidos. El primero sufrió el abandono paterno desde antes de su nacimiento, pero marcó su vida a tal grado que en su libro autobiográfico *El pez en el agua,* dedica el primer capítulo a su padre, Ernesto Vargas Maldonado, explicando que le habían hecho creer que éste había muerto durante los primeros años de su infancia; el segundo dedicó un libro a su progenitor que lo dejó cuando él tenía dos años, denominado *Los sueños de mi padre.* Es curioso pero aun en la mente de aquellos que sufrieron la ausencia

de esa figura protectora, la presencia espiritual del padre es omnipresente.

Por supuesto, el testimonio de vida de cualquier persona casi siempre es un claroscuro, se advierten conductas nobles y rastreras, facetas de luz y de sombra, pero tanto el error como el acierto, si se analizan nos pueden dar directrices para encauzar nuestro rumbo por mejores derroteros. Cuando trato de esbozar el perfil de un personaje, recuerdo aquella máxima de Waldo Ralph Emerson: "Todo hombre que conozco, es superior a mí en algún sentido, en ese sentido aprendo de él." El pasado debemos verlo con beneficio de inventario, hay aspectos negativos con los que debemos romper y aspectos que debemos retomar para administrar mejor el presente y proyectarnos con más acierto al futuro.

Alguien dijo que cada persona intenta superar las expectativas de sus padres o reparar sus errores, y creo que ahí está el quid del asunto, reconstruir el perfil psicológico de nuestros ascendientes, retomar la antorcha que nos dejaron, y luchar por concretar los sueños que ellos depositaron en nosotros, superando desde luego los yerros que cometieron. Es la mejor forma de honrarlos, de enaltecer y perpetuar su memoria.

Para aquilatar el legado moral y material de un ser querido que nos dejó, no solo hay que sopesar en frío el alcance de sus realizaciones, sino también el fardo de obstáculos que ha debido sortear para salir adelante y las carencias que debieron enfrentar, para articular un proyecto de vida progresista. Y creo que ahí reside

el mérito del autor de mis días, quien debió enfrentar con arrojo una de las más grandes carencias: la orfandad. Si bien tuvo el apoyo coyuntural de algunos familiares entrañables, ello nunca pudo compensar el vacío faraónico que la ausencia de sus padres biológicos generó.

Al reflexionar sobre las carencias y los obstáculos que nos acechan en nuestro camino, recuerdo aquel enunciado del filósofo español José Ortega Gasset: “Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella, no me salvo yo”. Y es que el ser humano también es el resultado de la suma de relaciones humanas que han influido en él. No se puede arrancar al individuo de su contexto, de los factores culturales, familiares, sociales, económicos, políticos que lo han determinado. Los patrones de pensamiento y de conducta, también están determinados por un contexto histórico cambiante. En estas breves líneas pretendo esbozar una semblanza de un salvadoreño común y corriente, de extracción humilde, analizando someramente los factores que han influido en él, y su modesto aporte a su familia, a la sociedad y al país.

II. INFANCIA Y ALGUNOS RASGOS DE PERSONALIDAD.

a) La azarosa niñez

Mi progenitor fue concebido en una relación fortuita y furtiva, la de un empresario panadero llamado Eleuterio Suria y la de una aprendiz de panadería, Arcadia Rivera, que frisaba los quince años. Vino al mundo en el Barrio La Vega el 5 de agosto de 1919. El empresario se vinculó carnalmente con la adolescente, aprovechando un viaje de su esposa por tierras norteamericanas, pero cuando ésta regresó, aquella joven debió abandonar el lecho por la puerta de atrás, con el producto de la concepción en su vientre. Mi hermano Álvaro en el poema *A mi padre* esboza la connotación de la relación frívola y fugaz que provocó el advenimiento al mundo de nuestro progenitor: *“El cinco de agosto de mil novecientos diecinueve/mi padre/se precipitó al mundo/porque dos sombras/ al azar, se atrajeron”.*

Me imagino que el embarazo y el alumbramiento debió haber sido una experiencia tortuosa para la jovencita, y el dolor emocional, el miedo, la angustia, la sensación depresiva, el sentimiento de culpa debieron incrementarse por las recriminaciones de familiares, las habladurías y la censura social. Indudablemente, la criatura en el vientre alteró el proyecto de vida de la adolescente, y agudizó sus carencias.

La madre precoz dejó al niño en la casa de la abuela Coronada. Mi progenitor sufrió la hiel del hogar ajeno, y el trato hosco y distante que recibe el hijo que no es propio, y que sufre en amargo silencio las preferencias y los mimos que otros niños reciben de sus padres biológicos. Fue conminado a trabajar desde los ocho años de edad en las tareas que los otros infantes no realizaban. Se calzó hasta los quince años, por eso fue definido por mi hermano Álvaro en un poema como *Un cipotío descalzo*. Aunque luchó por superarse no logró alejar de él los rencores, los traumas, los desequilibrios generados por esa infancia poblada de privaciones. El resto de su vida fue una rebelión contra esa niñez tortuosa.

En su adolescencia vivió con una tía quien le encomendó que cuidara a su compañero de vida, que por su adoración al dios Vaco (Dios del Vino), solía deambular y a veces quedarse explayado en lugares sombríos e inmundos. Para sobrellevar su apesadumbrada niñez, vendió dulces, hizo, comercializó y elevó piscuchas, y fue Voceador de periódicos.

b) Gustos y sentido de humor

MI padre, era poseedor de una personalidad compleja, polifacética, poliédrica, que mostraba múltiples aficiones. Era ingenioso, creativo, hiperactivo, emprendedor, lector voraz, perfeccionista, un hábil y ameno conversador, aprendiz de escritor, iracundo, a veces antipático, intolerante e intratable, pretendía innovar hasta con las recetas de cocina. Amante del tango, de la balada, de los

boleros, los musicales de Fred Astaire, de las películas de Cecil De Mille y del cine mexicano de la Época de Oro, pero sobre todo, amaba a su terruño natal, cuyo progreso espiritual, material y tecnológico anhelaba intensamente.

Fue obrero, herrero, mecánico de obra de banco, pequeño empresario e industrial, comerciante y amó intensamente lo que hizo, pero no dudo que también hubiese querido ser orador, o escritor al mejor estilo de su referentes poéticos, Amado Nervo, Rubén Darío o Pedro Calderón de la Barca; y en su adolescencia soñó intensamente cantar con lo misma potencia y calidad vocal que un Enrico Carusso o un Mario Lanza, grandes tenores italiano y estadounidense respectivamente, a quienes invocaba con frecuencia.

Proyectaba cualidades y defectos extremos. Era habitual que sucumbiera ante el remolino de la ira, al calor de las tensiones, su carácter experimentaba cambios abruptos, se enardecía fácilmente con la presión cotidiana del trabajo y ante cualquier contradicción, pero luego de la tempestad, regularmente tejía bromas y narraba anécdotas curiosas y jocosas.

Muchas de las bromas y chistes giraban en torno a apodos que decía a trabajadores o familiares. Intercalaba las bromas con historias de muchos personajes de la vida política, intelectual y artística. Recuerdo algunos apodos que puso “Mortaja”, “Apretador de tornillos”, “Lin lin”, “Tiburcia”, “Sinforosa”; “Mister Tiri”, “Calvito”, “Tres octavos” y alrededor de esos sobrenombres tejía puntadas de buen humor. A una prima bastante flaca de mi madre

que él apreciaba mucho le decía “Huesito”. Solía ocupar la expresión “Ángela se llamaba”, cuando caí en la cuenta de algo.

Bromeaba con un amigo que era mecánico automotriz y le decía cariñosamente “Apretador de tornillos”, y cuando lo llamaba para que hiciera algún trabajo le gritaba “Aprieta”, “Aprieta”. Y replicaba ni usted ni yo nos podemos llamar mecánicos, es una palabra que nos queda demasiado grande, mecánico es aquel que hace máquinas, piezas complejas con medidas milimétricas, que hace artefactos sofisticados de gran precisión. Puntualizaba que la mecánica era tan delicada que con una micra que se fallara en la confección de la pieza, ésta no engranaba.

Había un tornero de baja estatura, al que llamaba “Tres octavos”, operario muy competente, pero con una grave adicción alcohol. Llegaba a trabajar esporádicamente y mi padre a veces le decía, en alusión al vicio, “usted que no se cansa de hacer rico a Meza Ayau” (refiriéndose a Rafael Meza Ayau, fundador y propietario de empresa cervecera, La Constancia), “invierte en su adicción y nunca obtiene réditos de esa inversión”.

Durante la navidad la alegría y el entusiasmo invadían a mi padre y el espíritu festivo inundaba nuestra casa. Había fabricado un gran árbol de hierro, que decoraba con abundante follaje artificial, las tradicionales bombillas y los foquitos con luces multicolores intermitentes, y a la par del árbol una pintura de más de un metro de alto de Santa Claus, hecha en fibra de vidrio. Desde noviembre empezaba a enviar docenas de efusivas tarjetas de navidad a

familiares, amigos y clientes y obsequiaba unas mesas decorativas con lámpara incluida, a sus mejores clientes. Durante la noche buena nuestra casa era un centro de confluencia de familiares y amigos, y me progenitor se convertía en el ameno anfitrión que al calor de la cerveza, el vino, el champan, y la música festejaban el advenimiento del nuevo año.

Solía inculcarme la importancia del baile, como una herramienta de socialización, y de liberación de la energía negativa, ya que mediante movimientos sincronizados y pasos agiles y bien ejecutados, era posible no solo mejorar la autoestima, sino también lograr el necesario equilibrio físico, psíquico y fisiológico, indispensable para lograr estabilidad emocional. Además, la danza nos catapulta para romper inhibiciones, tabúes, complejos, que estropean nuestras relaciones románticas. Sabía perfectamente que bailar con prestancia da ventajas en el proceso de seducción.

Aparte del baile, también insistía mucho en las normas de etiqueta en la mesa, espacio privilegiado donde se revela la elegancia, el decoro, el estilo, la delicadeza y cultura de una persona. Reiteraba diversas reglas: no leer mientras se come, no hablar mientras se trituran o degluten los alimentos, desear buen provecho, no apoyar los codos en la mesa, no hacer ruido al momento de mascar o sorber, la carne se corta teniendo el tenedor con la mano derecha, y el cuchillo con la derecha, no hablar de temas desagradables. Era enfático en afirmar que el acatamiento de estas normas era vital para nuestro desarrollo social y profesional.

c) Su visión del mundo

Aunque no leyó a John Adams, John Stuart Mill, o David Ricardo, fue una persona de pensamiento liberal en el plano económico y político. En tal sentido abrazaba la defensa de la propiedad privada e individual y los principios de libre empresa. Consideraba que cuando el individuo se enfoca en su propio interés, puede generar más riqueza y prosperidad para el país. Gran parte de su visión era crear puestos de trabajo, dinamizar la economía, producir mercancías de calidad con tecnología criolla, que para orgullo de El Salvador, pudiesen competir con las que se producían en países desarrollados.

No obstante haber nacido en una cuna extremadamente pobre, acicateado por la falta de oportunidades, adversó proyectos políticos de izquierda. Creyó que el hombre podría redimirse a sí mismo, y por tanto que las estructuras económicas podían determinar las condiciones de nacimiento de una persona, pero no su destino. Consideraba que la pobreza, más que un derivado de la injusticia social, era una elección individual: el que lucha se esfuerza y siempre ocupación honrada, puede revertir las circunstancias adversas en que nace.

Le decía a los dependientes de los almacenes, por favor no me diga que este producto fue hecho en París, en Japón o en Estado Unidos, porque me pongo triste, dígame que fue hecho en Izalco y es de alta calidad. A principios de los años cincuenta, inició una pequeña fábrica, diseño para promoverlas tarjetas de navidad originales con

la figura de un soldador con su respectiva careta, destacando el apoyo que se debe dar a la industria nacional.

Como muchos salvadoreños, fue duro crítico de la reforma educativa de Walter Béneke, emprendida en 1968 bajo la administración del General Fidel Sánchez Hernández, una de cuyas medidas fue la supresión de las escuelas normales. Consideraba que el talón de Aquiles de la educación y un factor determinante en el subdesarrollo del país, era la deficiente preparación de los maestros, su falta de entrega y mística en el ejercicio de ese noble apostolado.

En cuanto a la formación de recursos humanos, siempre culpó al ex Presidente Oscar Osorio, por las exigencias que se impusieron a los talleres que tenían aprendices, entre ellas el contrato de aprendizaje, que estipulaba un tiempo durante el cual se formaría y que luego de cierto lapso debería de ganar como operario y gozar de todas las prestaciones de ley. La idea era evitar el abuso y la explotación, pero el resultado de la medida fue contraproducente: produjo escasez de mano de obra calificada.

Fue un férreo crítico de la ineficacia burocrática, tan proclive a la corrupción, y a la búsqueda de intereses particulares, en claro menoscabo del interés común. Consideraba que el aparato burocrático era demasiado oneroso para la población, ya que succionaba considerables recursos sin devolver a cambio adecuados servicios a los habitantes. Cuando fui directivo durante varios períodos de una asociación de trabajadores públicos, y me veía escribiendo algún comunicado o pronunciamiento, me

censuraba fuertemente, diciendo que a su juicio mi lucha por buscar mejores condiciones de vida para los servidores del Estado, iba en contra de esa población desvalida que sufría malos tratos de la administración pública. Al respecto mi padre hubiese rubricado dos famosa frases de Ronald Reagan: “El gobierno no resuelve el problema: el problema es el gobierno”; “El gobierno es como un bebe. Un canal alimenticio con gran apetito en un extremo y ningún sentido de la responsabilidad en el otro”.

Soñó que algún día la industrialización llegaría a su terruño y nos volveríamos país del primer mundo, gracias al desarrollo tecnológico. Insistía que para ello teníamos que tener ingenieros en electrónica, industriales y mecánicos, altamente cualificados, con formación de vanguardia. Fue un férreo crítico de lo que la formación que en estos rubros se daba en los institutos técnicos o en las universidades, porque en cierto sentido engañaban a los estudiantes, entregándoles un titulo, haciéndoles creer que sabían, pero cuando llegaban a las empresas o los talleres, se daban cuenta que les faltaba mucho que aprender.

Creía que los salvadoreños deberían elevar su autoestima a través del trabajo y la autorrealización, que no deberíamos ver con temor reverencial a los habitantes de los países desarrollados, antes bien que nosotros podíamos desafiarlos y demostrarles que también podíamos lograr progresos espectaculares. Así era el amor de mi padre por su terruño.

Tenía claro que en un mundo tan competitivo, donde la oferta siempre sobrepasa con creces a la demanda, solo la originalidad y la innovación podían hacer la diferencia. Solía imaginarse carros para exhibir rótulos luminosos, modernos y atractivos vehículos para vender sorbetes, maquinaria construida artesanalmente para hacer zapatos. Su mente era un crisol en permanente ebullición

El plano ornamental también lo seducía. Hizo lámparas, mesas luminosas, trataba de innovar en diseños de puertas, en muebles novedosos y funcionales. Antes de concretar la obra, hacía muchos bocetos, los revisaba, los perfeccionaba. Bajo esquemas muy particulares construyó dos casas y trató de imprimirles sentido estético a sus diseños.

En el plano religioso, veía con mucha desconfianza a ciertos pastores evangélicos, que él consideraba habían hecho de la “fe” una industria, un comercio altamente lucrativo. Estuvo yendo durante varios meses a una iglesia evangélica, hasta que un domingo pidieron diferentes ofrendas para varios propósitos específicos: el cumpleaños del pastor auxiliar, la luna de miel de otro líder, la ofrenda ordinaria. Ese día se retiró molesto, cuestionando lo que él estimó un exceso en contra del bolsillo de los fieles.

En un tramo de su vida abrazó la creencia de la reencarnación, sostenía que el cuerpo era un envase perecedero que se deterioraba rápidamente, al punto que al morir el alma abandonaba la materia inerte y tomaba posesión de otro ser. De

ahí que el alma es inmortal, y las personas tienen varias vidas, de modo que si alguien se sumerge en el pecado, en su otra existencia puede sufrir los castigos o suplicios, y si se encauza por la senda del bien puede tener su premio o recompensa en una vida posterior. Así se explicaba mi progenitor como existían genios precoces, y personas extremadamente desdichadas. Recuerdo sus relatos que allá por los años cuarenta una médium le reveló que mama Lala, su bisabuela, había reencarnado en una joven de Colombia.

c) Temperamento exigente

Le gustaba vestir impecable cuando salía a eventos o reuniones de negocios con trajes completos de casimir, finamente confeccionados, la corbata bien anudada, y las camisas perfectamente almidonadas. Se ufanaba de haberle dejado trajes a Modesto Lazo Montoya, porque les veía defectos en su confección. Lazo fue uno de los sastres capitalinos más renombrados y mejor cotizados de la segunda mitad del siglo pasado.

Censuró fuertemente que las verjas que circundan la Plazas Barrios y Morazán, colocadas a finales de los noventa, fuesen hechas de tubo y no de hierro forjado. Sostenía que esas obras revelaban el mal gusto de las autoridades, y la ausencia de mano de obra calificada. Tales estructuras fueron colocadas bajo la administración del alcalde Héctor Silva.

Después de una estancia de varios meses en Estados Unidos, a finales de los ochenta, regresó diciendo que la grandeza de esa

nación era producto de pequeñas élites intelectuales. Sostuvo que el norteamericano promedio tiene un nivel de inteligencia similar al de un salvadoreño promedio. Eso sí la prosperidad material y la calidad de vida, eran sustancialmente superiores.

Fue muy exigente consigo mismo y con los demás. No le importaba cuanto tiempo le tomaría, pero se interesaba que sus muebles fuesen de la mejor calidad que pudiese, en términos de presentación, acabado y duración. Cuenta el pastor Jorge Soriano, que cuando ejercía el oficio de tapicero, mi padre le hizo desarmar el forro de un respaldo, porque tenía un desajuste de unos cuantos milímetros.

d) El insaciable deseo de aprender

Un rasgo de la personalidad de mi padre, que dependiendo del ángulo con que se vea, puede ser un defecto o una cualidad, y es que con excepción de su oficio, solía ver fácil el ejercicio de las demás profesiones u ocupaciones. Cierto día compró un violín, pretendiendo que podía tocarlo sin requerir instrucción musical. Al ver que no pudo extraer melodías de aquel instrumento, dispuso venderlo. Lo vi algunas noches estudiar libros sobre motores y asuntos eléctricos, pretendiendo que con solo leerlos, aprendería a repararlos.

Su deseo de aprender fue insaciable y no se limitó a la lectura o a su oficio. Cuenta la prima Miriam, que cuando vivió en San Francisco, California, se iba desde muy temprano a ver como construían los

Edificios y con cuaderno en mano tomaba apuntes. Y es que la construcción fue otra de sus grandes aficiones: edificó dos casas de su propiedad y una galera enorme donde instaló su taller. Pero siempre anheló hacer grandes edificaciones con el auxilio de Eduardo, su hijo arquitecto. En el rubro de la construcción siempre enalteció los méritos del ingeniero empírico: José María Durán, suegro del ex presidente José Napoleón Duarte.

Recuerdo, un viaje a la capital de Guatemala a principios de los años ochenta: se detenía a ver los diseños de verjas, de portones, balcones de hierro forjado, observaba cómo estaban construidos los pasos a dos niveles o a desnivel, las pasarelas sobre las avenidas principales, en una época en la cual esas edificaciones aún no habían proliferado en El Salvador. En aquella ciudad apreció con suma atención los diseños de las casas, sus decorados, y destacó el desarrollo arquitectónico y urbanístico logrado, así como la calidad de sus artesanos, especialmente herreros y ebanistas.

e) Los ímpetus donjuanescos

Mi padre no escapó de un patrón muy arraigado en la cultura latinoamericana: el machismo, una de cuyas múltiples manifestaciones es el hombre conquistador, que pretende seducir a cuanta mujer le interesa. Creo que nunca leyó a Giancomo Casanova, el escritor y seductor italiano, ni la obra Juan Tenorio, de José Zorrilla, menos aún la historia, del gran seductor dominicano Porfirio Ruibirosa, pero se tenía confianza a sí mismo, creía que el

éxito con las mujeres era producto de la autoconfianza y de proyectar una imagen de hombre laborioso, económicamente desahogado, buen conversador y empático.

Cierta vez lo oí conversar con un entrañable amigo que le hablaba de sus amores fallidos, de sus pretensiones amorosas no expresadas, mi progenitor lo aconsejaba que lo primero que tenía que hacer era amar su trabajo, labrarse un nombre a través de una ocupación honrada, que eso le daría confianza, y luego proyectarse como una persona jovial, que tiene futuro, que puede ser buen proveedor, capaz de brindar apoyo a una mujer. Y recuerdo que insistía "lo primero es amar lo que se hace", porque eso es le ayudará a construir una buena personalidad, segura, atrayente, que inspire confianza.

Cuenta mi madre, María Vidal Larios, que lo que más le gustó de papá era que le gustaba leer, y era muy elocuente. Ya en su natal Yucuaiquin, La Unión, mamá había sido cortejada por pretendientes que le habían dedicado poemas de reconocidos autores, pero los hacían pasar como propios. Al llegar a San Salvador hacia 1946, descubrió que uno de tales poemas era *Nocturno* de Manuel Acuña. Mi progenitor fue el primero que le dedicó poemas originales. De esos galanteos surgió una relación de cincuenta y seis años que dio comienzo el 14 de septiembre de 1948, y que trajo al mundo seis hijos: dos mujeres y cuatro hombres.

A veces pienso que se entrenaba en el arte del buen decir, en principio para capturar la admiración femenina, posteriormente para generarse empatía en un estrecho círculo de familiares y

amigos, y luego para allanar a través de la palabra verbal y escrita, los obstáculos que se interponen en las relaciones interpersonales, lo que resulta indispensable en los negocios. Y hurgando en el libro *Genio y Figura de Amado Nervo*, escrito por Manuel Durán, encontré que éste escribía primero para sí y luego para impresionar a las muchachas de las que se enamoraba. En ese sentido, coincidió con mi padre, porque creo que en ambos ese amor por la palabra abundante, elegante, sugestiva, fina, agradable, fue motivado en principio por la necesidad de cautivar el alma femenina.

Al no abrazar la fe cristiana como modelo de vida, y escudriñar los valores desde la cultura laica, no interiorizó la infidelidad como un pecado, consecuentemente, sus lances de conquistador no le generaban ningún sentimiento de culpa o conflicto interior, ni recuerdo que haya reparado en eventuales daños a terceros. Fue reacio a la institución conyugal, quizá su acendrado machismo, lo hacía considerar el matrimonio como una forma decorosa de subyugarse al dominio de la mujer, de ahí que el hecho de contraer nupcias en enero de 1989, después de más de cuarenta años de concubinato, no exorcizó su irrefrenable espíritu de seductor. Quizá nunca se conozca la veracidad de algunas conquistas que se le atribuyen, pero lo cierto es que contaba con los recursos materiales y verbales para neutralizar la resistencia inicial que las beldades suelen oponer a sus pretendientes.

f) Responsabilidad cívica y opciones políticas

Durante más de cincuenta y cuatro años, ejerció el deber cívico de votar con absoluta responsabilidad, aunque sabía las manipulaciones y reiterados atropellos a la voluntad popular, que se dieron bajo los regímenes militares. Le correspondió ejercer el sufragio en diferentes escenarios: La Escuelas República de Chile, República de Brasil, y hubo al menos dos justas eleccionarias en que las urnas fueron colocadas en la Avenida Independencia, para los electores cuyo primer apellido comenzara con la letra "R".

La participación política de mi padre fue tardía, porque durante los trece años de Martinato solo hubo un partido: el Pro patria. Nunca perteneció a ningún partido político, nunca aspiró a ningún cargo de elección popular, si bien votaba lo hacía sin fanatismo, la actividad política la veía con cierta incredulidad. Quizá la única vez que mi padre abrazó con pasión el ideario de un partido político fue en 1944 con el Frente Unido Democrático (FUD), liderado por el doctor Arturo Romero. Creo que votaba sin muchas expectativas, por la alternativa que consideraba "un mal menor". Se quejaba de la miopía de la clase política, de su falta de preparación y la búsqueda de intereses mezquinos, en menoscabo del bien común, pero nunca culpó al Estado o al gobierno de su situación personal.

Debió haber votado por primera vez en las elecciones de enero de 1945, aunque éstas fueron con candidato único, lo que allanó el camino para el triunfo del General Salvador Castaneda Castro, al frente del efímero Partido de Unificación Social Demócrata. En las elecciones del 26 de marzo de 1950, ganó el candidato del Partido

Revolucionario de Unificación Democrática (PRUD), el cual postuló al Mayor Oscar Osorio, cuyo contendiente fue el Coronel José Ascencio Menéndez. La historia del candidato único se repitió en las elecciones del 4 de marzo de 1956, en la que los partidos políticos se retiraron de la justa por falta de condiciones, resultando electo el Coronel José María Lemus, en medio de un alto ausentismo; y en las elecciones del 29 de abril de 1962, tampoco participó la oposición, resultando ganador el Coronel Julio Adalberto Rivera, del Partido de Conciliación Nacional (PCN).

En los sucesivos eventos mi padre fue un elector que no faltó a la citas: el 5 de marzo de 1967, el 20 de febrero de 1972, 20 de febrero de 1977, 25 de marzo y 6 de mayo de 1984 (segunda vuelta), 19 de marzo de 1989, 20 de marzo y 24 de abril de 1994 (segunda vuelta), 19 de marzo de 1999, en los que resultaron ganadores en su orden Fidel Sánchez Hernández, Arturo Armando Molina, Carlos Humberto Romero, José Napoleón Duarte, Alfredo Cristiani, Armando Calderón Sol, y Francisco Flores Pérez. Molina y Romero fueron electos en elecciones consideradas fraudulentas. La última vez que votó, lo hizo el 21 de marzo de 2004 en la Escuela República de Brasil, cuando se disputaban la Presidencia Elías Antonio Saca y Shafick Jorge Handal.

En medio del bipartidismo polarizante que ha prevalecido en el país, una de las pocas ocasiones en que mi padre apoyó una opción de centro político fue para elección de diputados y alcaldes de marzo de 1982, en la que apareció en escena Acción Democrática (AD), un partido progresista con profesionales muy calificados, a

cuya cabeza se encontraba el doctor René Fortín Magaña. Fortín retó a debatir en televisión al Ingeniero José Napoleón Duarte, entonces Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno, y éste delegó para ello a Juan Ricardo Ramírez Rauda, un instruido y muy elocuente miembro del Partido Demócrata Cristiano. Por supuesto que el dirigente de AD no aceptó. Este instituto tenía un lema "El partido que no tiene complicidad con el pasado". Y en la elección para integrar la Asamblea Constituyente que promulgó la Constitución de 1983, aportó dos excelentes diputados: Luis Nelson Segovia y Ricardo González Camacho.

Siempre rechazó el autoritarismo, la prepotencia y la arbitrariedad, con que se ejercía frecuentemente el poder militar. Solía decir que lo que veía más positivo de los Acuerdos de Paz era haber restringido el poder omnímodo de los militares. Pero creo que pensaba que eran un "mal menor", frente opciones que consideraba buscaban estatizar los bienes de producción, redistribuir la tierra a base de expropiaciones, porque a su juicio a la postre destruían el aparato productivo, con la consecuente generación de más pobreza. Cuando votaba solía elegir la opción que a su juicio favoreciera el sistema de libertades económicas. Sarriá una reforma urbana y que un eventual triunfo de la izquierda traería consigo expropiación de empresas para que fueran administradas por los trabajadores. Mi padre consideraba que el tema de la riqueza no solo era de distribuirla, si no de adquirir y desarrollar la capacidad para generarla.

No fue un fanático de la política, vio esta actividad con cierta distancia. Como podrá advertirse, nunca comulgó con el ingeniero José Napoleón Duarte, quien ganó la Presidencia de la República en 1984, sin duda debió haber votado por la opción contraria. Pero me acuerdo que gozaba mucho molestando a un amigo que había andado en la campaña electoral apoyando al partido ARENA, cuando lo veía le decía “adiós perdedor” y se tiraba la carcajada.

g) La inclinación de rendir tributo al mérito

Mi progenitor siempre pregonó que era un deber cívico enaltecer la virtud y el mérito, cómo una forma de promover los valores en una sociedad decadente y coadyuvar el desarrollo cultural y ético, puntales básicos para que florezca la civilización. Ese espíritu lo llevó a dirigir ofertas a algunas insignes personalidades, enalteciendo su valía intelectual, como lo hizo con el escritor Julio Enrique Ávila, al tiempo que les proponía sus muebles de oficina. Ávila había sido Ministro de Relaciones Exteriores, y cuando mi progenitor le planteó la singular oferta era gerente de la fábrica de sacos de henequén “Cuscatlán”.

Le desagradó profundamente el modesto sepelio sin honores oficiales que recibió el Maestro Francisco Gavidia, el 25 septiembre de 1955, en el Cementerio Los Ilustres de San Salvador, y reclamó el resto de sus días “cómo era posible que un académico de tal magnitud no recibiera el reconocimiento oficial que se merecía”. Y es que nunca pudo concebir la indiferencia estatal ante la pérdida de uno de los fundadores de la literatura salvadoreña, al que consideraba el “Sabio más grande de Centroamérica”, maestro del

Rey del Modernismo, Rubén Darío. Y es que el apoyo estatal llegó demasiado tarde: escasos días antes de su fallecimiento, un Gavidia agonizante había recibido las llaves de una casa que el Gobierno le donó.

En 1961, el artífice de mis días escribió una carta de elogio a Salvador Vega Hall "Tío Periquito", en el que enaltecía el genio creativo del personaje, autor de ingeniosas canciones infantiles, entre ellas "Un sueño imposible" que relataba la historia de un niño que anhelaba volar. La carta fue leída por mi hermano Eduardo un domingo en el programa infantil que se proyectaba desde los estudios de Canal 6. En respuesta Tío Periquito colmó de regalos al niño. En aquellos lejanos años sesenta el Canal 6 se ubicaban en la sexta planta del Edificio Centro Comercial, al costado poniente en la Plaza Libertad.

Una noche de noviembre de 1966, se presentó en el Teatro de Cámara de San Salvador, la obra *Los Habladores*, de Miguel de Cervantes Saavedra, puesta en escena por el grupo de teatro del Instituto Nacional "Francisco Menéndez", dirigido por el gran actor y director, Eugenio Acosta Rodríguez. Entre los asistentes figura un inusual espectador: mi padre, quien tuvo una de las satisfacciones más grandes de su vida al ver actuar a su hijo Eduardo Alberto, en el papel de "Roldán", uno de los protagónicos, junto a su compañero Guillermo Polanco. Quedó impresionado por el desenvolvimiento escénico de Eduardo y demás integrantes del elenco, y solía desbordarse en elogios, hacia aquellos actores y hacia su director, a quien llamaba cariñosamente "Chico Tren",

nombre de uno de los tantos personajes que Acosta Rodríguez representó en su dilatada carrera.

Allá por los años ochenta TV Educativa proyectó una serie de documentales sobre personajes ilustres, entre ellos figuraba el escultor, Valentín Estrada, autor de bellos monumentos que engalanan el Parque Balboa, la Universidad de El Salvador, la entrada de Antiguo Cuscatlán, en la que yace su obra más reconocida: el indio Atlacatl. El reportaje destacaba la situación de pobreza extrema, que vivió sus últimos años el notable escultor, que no podía ni siquiera pagar el alquiler de la casa. Lo oí reaccionar muy molesto frente al reportaje y protestar por el abandono que el Estado hacía de sus hijos más connotados.

h) Enemigo de la injusticia.

La única vez que mi padre puso un pie en la cárcel fue por defender una causa justa. A mediados de los años cincuenta mientras transitaba en las inmediaciones del Mercado Central vio una escena indignante: un grupo de policías nacionales maltrataban a unas vendedoras informales, y les estaban decomisando sus pequeños canastos. Se aproximó a los agentes y les preguntó ¿Acaso ustedes no tienen familiares humildes? ¿Por qué maltratan así a estas mujeres? Los agentes le preguntaron ¿Quién es usted? Al enterarse que era una persona común y corriente, carente de influencias, lo detuvieron por irrespeto a la autoridad.

Unas horas después mi madre llegó al Castillo de la extinta Policía Nacional, acompañada de algunos trabajadores del taller, a gestionar su liberación, la que se logró, luego de pagar veinticinco colones de multa, con la advertencia que no fuera a faltarle de nuevo el respeto a la autoridad.

III. DOS FAMILIARES ENTRAÑABLES

Dos seres ocuparon espacios privilegiados en su mundo afectivo: Eduarda Avelar “mamá Lala” su bisabuela materna, y Joaquín Rivera, tío materno. La bisabuela que le enseñó las primeras letras y el tío alto, de tez blanca, con su talante de caballero instruido, que vestía con sombrero y el traje completo, sin duda tuvieron una influencia decisiva en su personalidad. Las lágrimas de gratitud afloraban cuando evocaba su infancia llena de penurias y la memoria de las dos almas generosas que le tendieron la mano.

Siempre agradeció que mamá Lala le enseñó leer, y las solicitas atenciones que ella tuvo con él cuando se enfermaba. En nuestra familia se dio algo insólito: la madre y la abuela de mi progenitor fueron iletradas, pero la bisabuela, fue una mujer ilustrada. Al morir mamá Lala, en 1934, (por cierto la primera persona que fue enterrada en el cementerio La Bermeja), su principal refugio y amparo fue el tío Joaquín Rivera, quien con grandes limitantes se erigió en la figura más próxima a un padre de crianza.

Tío Joaquín no solo fue un referente afectivo, sino un modelo de vida, su guía y mentor, el familiar más entrañable que tuvo. Durante mi temprana infancia, en nuestra casa el aire estaba impregnado del espíritu de Joaquín Rivera, era el ser ausente más invocado y querido. Se conservó por años una vieja maleta con cartas, y papelería diversa de su propiedad.

Aquel tío que llegó a ser Tenedor de libros (el equivalente a contador actualmente), hacía claramente la diferencia en una familia carente de instrucción formal, que rozaba la pobreza extrema. Fue perito de primera clase del Ministerio de Hacienda y un fervoroso admirador de Augusto Cesar Sandino. Tenía fotos del caudillo, oía la marcha que se compuso en su honor, y coleccionaba los periódicos que relataban las hazañas militares del patriota que combatía heroicamente las tropas invasoras desde Las Segovias en Nicaragua.

Solía escuchar comentarios que el Presidente Oscar Osorio había cesado al tío Joaquín como perito del Ministerio de Hacienda, por no haber participado en las marchas tradicionales para celebrar la Revolución del 14 de diciembre de 1948 que supuso el fin del gobierno del General Castaneda Castro. Por cierto una de las celebraciones organizadas bajo la Presidencia de Osorio, causaron tremendo alboroto por haber traído a desfilar cachiporristas estadounidenses.

Un hecho que a mi padre la partió el alma fue que no pudo asistir al tío Joaquín, cuando éste llegó a pedirle ayuda económica, para comprar medicamentos. En ese momento no pudo sufragar la necesidad y las consecuencias de la inasistencia fueron fatídicas. El anciano había andado cobrando la renta en unos mesones de su propiedad, y los inquilinos no le habían pagado. La mañana del 22 de agosto de 1966, amanecería muerto bajo condiciones aun no esclarecidas.

En el afán de perpetuar su memoria, cuando nació mi único hijo el 11 de agosto de 1999, mi padre inmediatamente me dijo que le pusiera “Joaquín Eduardo”. Conociendo el profundo valor afectivo que entrañaban los dos nombres, inmediatamente accedí a su petición.

III. EL ROL DE PADRE PROTECTOR

Aunque nunca pudo cortar la raíz de amargura que le generó la orfandad, con grandes limitantes y carencias, siempre quiso ser el padre que él nunca tuvo, a su manera procuró prodigar a sus hijos el respaldo y la protección que él nunca recibió. No toleraba en lo absoluto, casi bajo ninguna justificación, que faltáramos a la escuela. Siempre decía que la educación era la que nos iba a salvar. El reprobó las listas de votos para la elección de reinas, porque consideraba que exponía a las niñas a eventuales abusos de sujetos inescrupulosos, bajo el pretexto de la compra de votos. Molesto compraba las listas y las devolvía a los maestros.

En la casa nunca faltó el pan. Mi hermana Gladys, me dice que gracias al esfuerzo de nuestros padres, nunca tuvieron sus hijos que ir a pedir ayuda para cubrir el sustento diario, como lamentablemente sucedió con otros parientes, quienes eran colocados en casa de tíos, por no poderlos sostener, lo que desafortunadamente los expuso a maltratos y rechazos.

Allá por los años cincuenta, nuestra casa fue una de las primeras en tener teléfono y a principios de los sesentas, una de las primeras en contar con televisión. A nuestro hogar llegaban varios vecinos a hablar por teléfono y también se concentraban alrededor de la pantalla chica, para ver la lucha libre y el programa de variedades *Driving de la Alegría*, animado por Leonardo Heredia, con la participación estelar del polifacético Tito Carías, quien destacaba por sus excelentes presentaciones de fono mímica, y de la joven

talento, Ana Victoria Mancía, quien con su preciosa voz, daba nuevos brillos al tango.

Aun soportando múltiples carencias, mis hermanos mayores, comenzaron a valorar que eran privilegiados. Contaban con un padre que tenía una empresa que generaba fuentes de empleo y enseñaba un oficio. En los años cincuenta en las escuelas públicas abundaban los niños descalzos, mis hermanos, por supuesto, siempre anduvieron calzados. Algunos familiares y vecinos los veían como los hijos de don Salvador Rivera, y en las escuelas públicas donde estudiaron, figuraban entre los niños que gozaban de ciertas comodidades.

En algunas ocasiones las medidas de protección impuestas por mi progenitor, me parecían demasiado severas y gravosas. Me costó varios años entender que a mi a padre le asistía plenamente la razón, al prohibirme que fuera al Estadio, si no iba acompañado de un adulto que se hiciera formalmente responsable de mi seguridad, ya que, siendo niño, no comprendía los peligros que se ciernen en estos eventos multitudinarios. Pero muy pronto me daría cuenta.

Ciertamente, el cinco de octubre de 1980, Carlos Urquilla, un vecino, me ofreció llevarme al Estadio Cuscatlán a presenciar el partido El Salvador contra Panamá, con motivo de las Eliminatorias hacia España 82. Mi padre conocía desde hace muchos años a Urquilla, pero me dijo que me daba permiso de ir si éste se comprometía a garantizar mi seguridad. Para mi tristeza, ese compromiso no se dio. Tenía grandes deseos de ir,

fundamentalmente porque en la cancha iba estar un jugador excepcional: Jorge “Mágico” González, en aquel tiempo el niño de oro del fútbol salvadoreño. Y curiosamente ese día “Mágico” tuvo una de las tardes más gloriosas de su carrera: anotó tres goles espectaculares, de los cuatro con que El Salvador le ganó a Panamá.

Muy pronto comencé a entender la racionalidad que encerraban esas medidas proteccionistas, ya que al final del partido protagonizado la tarde del 23 de noviembre de 1980, entre El Salvador y la temible selección de Honduras, me salvé de milagro de caer vapuleado, al paso de una multitud eufórica que salió huyendo en estampida por el portón sur del Cuscatlán. Sin embargo, el resultado del partido compensó con creces el susto: la selección ganó con dos goles de excelente manufactura, uno de “Mágico” González y otro de Gustavo “Lotario” Guerrero.

Pese a haberme salvado de morir pisoteado, conserve por algunos años un sentimiento de encono hacia mi padre, por privarme del recital futbolístico del “Mágico” en el partido contra la selección canalera. Pero en mayo de 1987, un amigo de infancia que frisaba los catorce años y que solo vivía con una abuelita, había ido a pasear a la playa con un vecino que regresó a su casa, dándolo por perdido. Cuando sus familiares llegaron al lugar en horas nocturnas, encontraron flotando un cuerpo muerto que resplandecía con la luz de la luna. Desafortunadamente, era mi amigo. Fue entonces que comprendí plenamente la importancia de tener la salvaguarda de un progenitor. Un niño es un ser a la deriva, completamente vulnerable y desvalido, sin ese manto protector.

Después de que mi hermano Álvaro militara en una de las facciones de la guerrilla, y se salvara de milagro, por escabullirse a México en lo más cruento del conflicto, mi padre tuvo especial cuidado de alejarme de cualquier eventual vinculación con el teatro de guerra. Hacia 1983 se dio un incidente con el novel escritor, Álvaro Darío Lara, ambos integramos con mucha honra el consejo de redacción del periódico estudiantil El Cervantino. Había leído los editoriales de Lara y algunas alusiones a la injusticia social, al autoritarismo y citas de pensamientos y poemas de Roque Dalton. Antes había leído con mucho recelo un libro que Lara me había prestado: *Dinámica de la Concientización,* escrito por Alejandro Londoño, en el que denuncia los excesos de la sociedad de consumo. Cierta vez Álvaro me habló por teléfono para coordinar actividades del periódico, y mi padre le prohibió terminantemente toda comunicación conmigo. Me imagino que creyó que pretendía adoctrinarme, para luego enrolarme con algún movimiento de izquierda.

Su protección se maximizó durante las dos ofensivas: la de enero de 1981 y la de noviembre de 1989, las cuales nos sorprendieron con la ausencia de mamá. Fueron momentos terroríficos, de alta tensión en medio del traqueteo de las metrallas, los continuos bombardeos, los helicópteros sobrevolando constantemente, los paros de buses y los toques de queda a partir de las siete de noche. Al ser el único hijo que había quedado en la casa, se ocupó con gran esmero de mi alimentación y del cuido de mi salud, me aleccionaba que no saliera, y siempre estuvo muy atento a lo que necesitaba.

Recuerdo que durante el toque de queda impuesto durante la primera ofensiva, agentes de los cuerpos de seguridad o del ejército, asesinaron al pie de la puerta de la casa vecina a un indigente que desobedeció la orden de no deambular por la calle en horas de la noche. Los potentes disparos, producidos por armas de grueso calibre, estremecían las estructuras de bahareque de las vetustas viviendas, mientras la víctima gemía. Mi progenitor se tumbó al suelo, me dijo que me lanzara al piso también y se desplazó hacia mi cuarto. A la mañana siguiente encontramos el cuerpo inerte, totalmente ensangrentado del indigente.

La ofensiva de enero de 1981 lo sorprendió haciendo una diligencias en Ciudad Delgado, como pudo huyó por la línea férrea, conduciendo su viejo automotor Ford, año 1953. Contaba que fue intensa la refriega, y que vio el gesto de angustia de unos guardias mientras corrían a grandes zancadas, huyendo del tiroteo.

V. ANÉCDOTAS Y PERSONAJES REPRESENTATIVOS

La adolescencia y niñez de mi padre transcurrió en una época, en el que el área urbana era minúscula, la capital estaba circundada de fincas, y el alumbrado eléctrico no se había generalizado. El tranvía era el medio de transporte por excelencia. La radio, los fonógrafos y el cine, rudimentarios periódicos, eran los medios de comunicación que modelaban la conciencia colectiva. El acceso a la educación formal era muy limitado y el analfabetismo aun en las áreas urbanas, era galopante. Esas circunstancias coadyuvaron a que la superstición fuese un eslabón importante de la cultura popular. Mi padre relataba historias del Justo juez de la noche, de la Carreta chillona, del Cadejo, como que si fuesen personajes reales que habían asolado aquellos caseríos enclavados en una ciudad iluminada con candelas y candelabros y conectada por calles empolvadas.

Recuerdo la vivacidad con que relataba historias de muertos que volvían a la vida y luego se disipaban en la bruma. Contaba que allá por los años cuarenta había aparecido en los periódicos la crónica de un taxista que a la altura del Cementerio General de San Salvador subió un pasajero, quien le dijo que le hiciera una carrera y que luego lo fuera a dejar al mismo lugar en que lo contactó. Al momento de cobrar el servicio, el pasajero le dio una dirección de una casa, en donde le pagarían por el viaje. Pero para asombro del taxista, cuando llegó a esa vivienda, le dijeron al mostrarle la foto del extraño pasajero que este hacía años había muerto.

Durante mi infancia, sus narraciones, sobre fantasmas que asechaban, queriendo saldar algún adeudo pendiente, me generaban un efecto perturbador, me producían una mezcla de asombro, miedo, terror. En más de una ocasión titirité de miedo, se me anudó la garganta, frente algún ruido en el techo, golpe en las puertas, o sonidos que asemejaban pasos. Más de alguna vez experimenté el pánico de ver una enorme sombra o silueta con apariencia humana, desparramándose sobre una pared, como que si fuese una figura de ultratumba que se aproximaba. Mi progenitor sostenía que en una ocasión emplazó formalmente a uno de estos espíritus errantes, con voz grave y severa, preguntándole por qué razón asomaban a su casa, y fue la última vez que esa alma en pena se manifestó.

Pero también contaba diversas anécdotas sobre personajes célebres: Carlos Gardel, Amado Nervo, Rubén Darío, Goethe, Calderón de la Barca, Hugo Lindo, Francisco Gavidia, Rubén Darío, Henry Ford, Abraham Lincoln, Charl Chaplin, personajes que recrearon los pensamientos de mi padre con bellas palabras, visiones e imágenes. Le gustaba relatar historias de aquellos que habían llegado a la cima, viniendo del fondo de un abismo. Como describe mi hermano Álvaro Rivera Larios, en el poema *Un Cipotío descalzo:*

> *"Don Salvador disfruta las historias en que los de abajo se redimen gracias al talento y al esfuerzo. Nunca supo quien era Julián Sorel, el hijo de un carpintero que llegó a vivir entre aristócratas.*

> *Pero repetía una y otra vez la historia del pobre Rubén, hasta el punto de que llegamos a considerar al poeta como un pariente triste y muy lejano".*

Después de Carlos Gardel, el Rey del Tango, el argentino que más admiró mi padre, respondía al nombre de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), maestro, escritor, pedagogo, gobernador y ex Presidente de la República, de quien Carlos Enrique Pellegrini, otro gran ex Presidente argentino, dijo: "Fue el cerebro más poderoso que haya producido la América". Creo que mi progenitor hubiese rubricado esa frase. Lo admiró por el empeño que tuvo por llevar la civilización a la nación argentina, la titánica labor en pro de la educación científica y la cultura en general, que hizo como escritor y como gobernante, al fomentar el arribo a su país de científicos europeos y estadounidenses.

Cuando discutía con él, sobre el apoyo que necesitaba para triunfar en la vida, y que no era posible ascender a la cúspide, si no existía un soporte económico fuerte y un buen roce social, mi padre me decía que con un solo nombre refutaba toda tu argumentación: Abraham Licoln, aquel que de leñador pobre, pasó a ser abogado, senador y finalmente el Presidente más importante de Estados Unidos, por cierto el primer presidente republicano. Me recriminaba "todo está en tu capacidad, y en tu voluntad, el apoyo que recibís es suficiente, si en realidad, querés triunfar".

Relataba haber visto los cadáveres de los dirigentes comunistas Agustín Farabundo Martí, Mario Zapata y Alfonso Luna Calderón,

cuando eran expuestos en el Cementerio General, luego de haber sido ejecutados a las siete y cuarto de la mañana del 1 de febrero de 1932 en la parte norte de dicho camposanto. Creo que el gesto de dolor de aquellos rostros inertes, quedó prendido en su memoria. Comprendió que el régimen quería sembrar el pánico y expandir el terror al exhibir los cadáveres, a fin de disuadir a la población para que no apoyara ningún intento de sedición.

Un personaje infaltable en su largo anecdotario era el General Maximiliano Hernández Martínez, a quien pese al genocidio de 1932 y al autoritarismo, consideraba un gran presidente. Pagó a los empleados públicos, que no habían recibido sus salarios durante el gobierno de Arturo Araujo. Expresaba que el General había mantenido el orden, hizo innumerables obras sin endeudar al país, pagó la deuda externa, mantuvo sanas las finanzas públicas, evitó la corrupción, controló la inflación, ejecutó efectivos controles sanitarios. Y sobre todo, no se enriqueció a costa del erario público, como muchos gobernantes. En fin fue un Presidente que había dejado un legado institucional y material a la nación como ningún otro. Siempre recordaba que el 15 de febrero de 1937 colocó una placa en el frontispicio del Palacio Nacional que decía: “Propongo, a la faz de la nación, que no consienta jamás la contratación de nuevos empréstitos”.

Debo aclarar que mi padre fue opositor a Martínez mientras estuvo en el poder, llegó a valorar sus logros como gobernante varios años después de haber abandonado el gobierno. Solía hacer un recuento de las obras del General: fundó el Banco Central de Reserva, el

Banco Hipotecario, construyó la carretera Panamericana, el Estadio Flor Blanca (hoy Jorge "Mágico" González), hizo el Palacio de las Telecomunicaciones (llamado después telégrafo), el Castillo de la Policía Nacional (el castillo). Y decía que lo mejor de todo es que hizo sin adquirir préstamos. Enfatizaba que el General, haciendo gala de su estilo sereno y silencioso, supervisaba sorpresivamente las obras públicas, al aparecerse de repente e interrogar a los ejecutantes sobre los avances de las mismas.

Estando en la Casa Castro, mi padre observó los actos preparatorios de la famosa huelga de brazos caídos que puso fin a la dictadura del General Hernández Martínez y apoyó la insurrección civil. Pero posteriormente sostuvo que dicha medida de presión, fue un movimiento articulado por la burguesía bajo el nombre del Comité de huelga, el cual financió el pago de los trabajadores cesantes. A su juicio no fue en modo alguno una resistencia pacífica emprendida por iniciativa de las clases populares. Como muestra de la honradez del Dictador, solía lamentar que el 15 de mayo de 1966 éste fue asesinado a puñaladas por su motorista, a la edad 84 años de edad, mientras se dedicaba al cultivo algodón en terrenos alquilados en el Rancho Jamastrán, Honduras. ¡Solo un presidente que no ha robado muere así!

En la fase final del Martinato y en los años subsiguientes, mi progenitor fue seguidor del líder opositor, Arturo Romero (1904-1965), médico con estudios en Francia, considerado "El hombre símbolo", quien en 1944 fundó el Partido Unión Democrática (PUD). El doctor Romero adquirió el perfil de mártir cuando fue

macheteado el 9 de abril de ese año en San Luis La Reina, Chalatenango, luego de erigirse en el líder civil del fallido golpe del 2 y 3 de abril. Por este intento fue condenado a muerte por un Consejo de Guerra, pero su fusilamiento no se consumó por encontrarse recibiendo asistencia médica en un Hospital de San Miguel y por haber abandonado Hernández Martínez el poder el 9 de mayo de 1944.

Con la apertura democrática que dio el presidente interino, Andrés Ignacio Menéndez, quien decretó amnistía general para todos los presos políticos y abolió el estado de sitio, la oposición se reorganizó y cobró apogeo en los meses subsiguientes a la caída de Martínez, todo parecía indicar que quien ganaría las elecciones era el doctor Arturo Romero, pero a raíz del golpe de Estado del 21 de octubre de 1944, el régimen del nuevo Presidente, Coronel Osmín Aguirre y Salinas, desató una gran represión contra los opositores, que los hizo desistir de participar en la elecciones de enero de 1945. El doctor Romero salió al exilio y en diciembre de ese año anunció su no participación en ese proceso, desapareciendo así del tinglado una de las figuras más carismáticas y queridas de la política salvadoreña.

Cuenta mi madre que fue tanta la adhesión de mi padre hacia el liderazgo del doctor Romero, que llegó a considerarse un “romerista” de corazón, a tal punto que tomó distancia de un amigo, don Gumersindo Ramírez, quien era leal al General Castaneda Castro, a tal punto que este régimen lo nombró Administrador del Asilo Sara Zaldivar. Don Gumersindo le ofreció

trabajo de mantenimiento en el Asilo, y mi progenitor contrariado con su amigo por servir a la dictadura, rehusó a colaborarle.

Acostumbraba decir que “los salvadores eran desafortunados”, aludiendo al golpe de estado del 14 de diciembre de 1948 que separó del poder al Presidente Salvador Castaneda Castro, con el consecuente encarcelamiento al que fue sometido, ya que guardó prisión en la Penitenciaría Central por el supuesto delito de Homicidio del Bachiller Gilberto Torres, ocurrido en septiembre de 1946, por orden del Juez Tercero de Primera Instancia de lo Criminal decretada el 17 de febrero de 1949. Fue liberado en septiembre de 1950 por el Presidente Osorio, al asumir el poder.

Un gran salvadoreño al que mi padre veneraba fue el Maestro Francisco Gavidia, poliglota, poeta, cuentista, dramaturgo, historiador, ensayista, pedagogo, filósofo, crítico literario y traductor, quizá el más alto representante de la cultura nacional. Sentía una gratitud hacia el intelectual que- tal como lo señaló José Mata Gavidia- tuvo el sueño de convertir a la nación en arquetipo democrático de la vida republicana, y edificar sobre tal base un centro universal de cultura, que en vez de exportar mercancías, difundiera sabios, artistas, científicos, economistas, letrados y técnicos.

La admiración hacia el Maestro era curiosa, ya que no lo recuerdo leyendo alguna obra gavidiana. Nunca lo vi leer *Júpiter*, el *Libro de los Azahares o la Historia Moderna de El Salvador*. Sí recuerdo que en casa estaban libros apologéticos: *Francisco Gavidia, Artífice de*

Nuestra Nacionalidad, Magnificencia Espiritual de Francisco Gavidia, ambos de José Mata Gavidia; y un bello opúsculo de Hugo Lindo, denominado *Exaltación del Maestro Gavidia.* Llama la atención que tuviese tanta veneración al Maestro migueleño sin haber leído su obra, pero creo que la admiración descansaba en el tributo constante que mi progenitor rendía a Rubén Darío y en todos los comentarios que circulaban a nivel de vox populi sobre las proezas intelectuales del sabio.

Por otra parte, solía relatar una anécdota que protagonizó Richard Nixon, siendo vicepresidente de Estados Unidos, quien en una visita a El Salvador el 15 de febrero de 1955 rompió su itinerario, desviándose hacia una barbería ubicada en el Barrio Santa Anita, donde procedió a quitarse el cabello, causando enorme revuelo en la población que seguía expectante la visita. El incidente apareció en las primeras páginas de los periódicos al día siguiente. El establecimiento cambio su nombre de Barbería Americana a Barbería Nixon, y el dueño mandó a encuadrar el billete que el famoso político le dio en pago.

Frente a la incredulidad que genera la clase política, en los años cincuenta un dirigente político despertó su admiración y simpatía: Roberto Edmundo Canessa (1912-1961), hombre amigable, filántropo, de gran carisma y arrastre popular, fue Ministro de Justicia y de Relaciones Exteriores durante el gobierno del Mayor Oscar Osorio, fundador del Partido de Acción Nacional (PAN), aspiró a la Presidencia de la República en 1956, pero su candidatura fue desechada por supuestas inconsistencias en su partida de

nacimiento. El 2 de septiembre de 1960 fue capturado con lujo de violencia por policías vestidos de civil. Lo torturaron y golpearon hasta dejarlo inconsciente. Falleció en el Hospital de Nueva Orleans, el 27 de enero de 1961.

Dos amigos entrañables murieron víctimas de la violencia fratricida: Cayetano Mártir Solano, cariñosamente llamado el Padrino Cayetano, y Valerio Canales, ambos muy cercanos a la familia. El primero era un señor bonachón, muy afable, cordial, juguetón, buen contador de chistes, al que mi padre conoció al principio de la década de los cincuenta, cuando tenía su taller en el Barrio Santa Anita. Era pagador de la Asociación Nacional de Acueductos y Alcantarillados (ANDA) y padrino del mayor de mis hermanos, César Edmundo. Sucedió que el seis de agosto de 1972, dos hombres armados se introdujeron a las oficinas de ANDA y se lo llevaron con rumbo desconocido. Su cadáver fue encontrado la madrugada del siete de agosto, atado de manos en la carretera a Apulo, y luego llevado a la Alcaldía de Ilopango, donde disponían enterrarlo como desconocido, hasta que un compañero de trabajo lo reconoció.

No obstante apreciar en demasía al padrino Cayetano, mi padre especulaba que su muerte pudo deberse a labores de espionaje a favor de grupos de izquierda. Basaba su tesis en algunas conversaciones que sostuvo con el padrino y en un detalle peculiar: éste solía abandonar abruptamente reuniones y se desparecía, envuelto en un halo de misterio, a grado tal que en un par de ocasiones que estuvo hospitalizado, abandonó los

nosocomios sin haber sido dado de alta, como que si temía que alguien lo perseguía.

El otro amigo, Valerio Canales, fue un fanático anticomunista, oriundo de Comacarán, San Miguel, bastamente obsesivo compulsivo, colérico, un tanto pendenciero, pero paradójicamente tenía facetas muy humanas y solidarias. A mi progenitor, lo considerada el padre que había perdido en las garras de la violencia. Y es que Emilio Canales, un anciano de casi noventa años, había muerto casi decapitado, mientras tomaba su siesta, a manos de un colono de sobrenombre Manteco, en febrero de 1974, hecho que impregnó su vida de un profundo deseo de venganza. Auxiliado por miembros de las patrullas cantonales, buscó escrupulosamente a Manteco, y éste también lo buscaba a él, para finiquitar su enemistad capital. Un día la búsqueda llegó a su fin, y Valerio logró colmar a sangre y fuego su ansiada venganza, al ver sucumbir a su enemigo bajo el peso de las balas y agarrar a puntapiés su cuerpo inerte.

Como dijo Confucio, "Antes de embarcarte en un viaje de venganza cava dos tumbas", el fuerte resentimiento que se apoderó de Valerio fue un factor que precipitó la insuficiencia renal que lo aquejó en sus últimos años, y de ser una persona robusta pasó a ser una figura esquelética, enfermiza y pálida. Durante varias semanas los frecuentes tratamientos de diálisis lo debilitaron enormemente. Así de enfermo como estaba, solía decir que quería estar sano, para ir a combatir a la guerrilla. Felizmente logró que una de sus hermanas le donara un riñón y el Instituto Salvadoreño del Seguro

Social lo envió a México D.F. para que le hicieran el trasplante. Mientras estuvo en la tierra azteca, hablaba a la casa para saludar a mi padre y pedirle consejos. Regresó a El Salvador bastante recuperado, pero su carácter impulsivo e imprudente lo hizo romper las normas de higiene y cuidado, a grado tal que volvió a Comacarán, donde desapareció en agosto de 1981, en el pleno fragor del conflicto armado, junto a su pequeño pick up Pony. Se rumoró que grupos paramilitares, con los que Valerio se identificaba, fueron los responsables de su desaparición.

En el boxeo hubo personaje que capturó su atención: Muhammad Ali, el más popular boxeador de todos los tiempos. Fue un aficionado apasionado del boxeo en tanto duró Alí en su pleno apogeo. Le fascinaba el estilo teatral del peleador en el ring, su peculiar forma de tirar rápidos golpes mientras bailoteaba alrededor del pancracio, su habilidad escabullirse de su rival cuando lo quería arrinconar a golpes; y le causaba gracia la guerra gestual y verbal que Muhammad desataba antes, y después de la pelea, en contra de cada adversario de turno. Sin duda Alí se convirtió en un líder de opinión, amigo de Malcolm X, un portavoz que reivindicó los derechos de su raza, y eso amplificó su popularidad.

Contaba los días que faltaban para las épicas peleas, y a la hora de las mismas, dejaba de lado cualquier cosa que tenía que hacer, se sentaba en el sillón más confortable y disfrutaba el singular estilo de Muhammad Ali, a través de Canal 4. Recuerdo haber visto junto a él, las peleas contra Ken Norton, George Forman en Zaire en

1972, contra Joe Fraser, en Manila, Filipinas hacia 1976. Recuerdo perfectamente una pelea de muy mal gusto, escenificada en 1976, entre Alí y el peleador de lucha libre japonés Antonio Inoki: éste lanzaba puntapiés a Ali, mientras permanecía tendido en la lona, el boxeador no podía devolver con los puños los golpes que recibía por la posición de su contrincante. Una vez retirado Alí, el tema del boxeo dejó de despertar la misma pasión, aunque vio con mucho menos interés las peleas de Shugar Ray Leonard, Roberto "Mano de Piedra Durán" y Marvin Hagler.

La polarización en la familia, en las empresas y en la sociedad, en el preámbulo del conflicto armado era intensa. La lucha de clases se percibía al interior de las empresas y de las instituciones del Estado. Hacia 1978, siendo estudiante de primaria de la Escuela Experimental Unificada doctor Humberto Romero Albergue, solía ver pasar la caravana presidencial que acompañaba al General Carlos Humberto Romero, a la sazón Presidente de la República, cuando se conducía a la Casa Presidencial. Cierta vez me obsequiaron en esa Casa un par de fotografías grandes del mandatario y se los mostré a algunos trabajadores del taller, quienes me dijeron que pusiera uno de los retratos en una pared. Al colocarlo, le tiraron trapos sucios y me advirtieron "¡Nunca más volvas a traer una foto de ese hijo de la gran p… aquí!"

Cada domingo el autor de mis días escuchaba atentamente a través de YSAX Radio Católica las encendidas y valientes homilías de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, en presencia de cientos de fieles que abarrotaban la Catedral Metropolitana. En tales prédicas,

destinaba un espacio para denunciar violaciones a los derechos humanos. Recuerdo que las homilías del 21 de enero de 1979 y del 17 de febrero de 1980, le llamaron particularmente la atención.

En la primera prédica, Monseñor Romero nos dejó atónitos por su fuerte carácter, al pronunciarse sobre el asesinato del padre Octavio Ortiz Luna, a quien una tanqueta le desfiguró el rostro la madrugada del día 20 de enero de 1979, ocasión que aprovechó para calificar de mentiroso al General Romero, entonces Presidente de la República, por haber manifestado en México que no había persecución contra la Iglesia, y añadió que había negado que existieran desaparecidos y reos políticos.

En la segunda homilía citada pidió a los grupos que llamó poderosos de la oligarquía que reflexionaran con serenidad humana o cristina si era posible el llamamiento que Cristo les hacía desde el evangelio: "¡ay de ustedes porque mañana llorarán!", es mejor repitiendo la imagen ya conocida, quitarse a tiempo los anillos antes que les puedan cortar la mano.

Mi padre adversaba del tono de las denuncias, ya que consideraba que las mismas lejos de apaciguar la violencia, exacerbaban el cruento conflicto, y que el problema no era repartir riqueza, o quitarles a los ricos para darle a los pobres, sino ayudarle a la gente para que adquiriera capacidad productiva, para que aprendiera a generar y a administrar riqueza. Sostuvo que el problema de la pobreza no solo era producto de la explotación, sino que era un asunto de hábitos, de aptitudes, de capacidades y destrezas. Si la

gente no adquiere capacidad, aunque se le den bienes, no los podrá usufructuar, muy probablemente los va a dilapidar.

Comencé a admirar el heroísmo de Monseñor Romero, cuando medió en la huelga que se produjo en la empresa cervecera La Constancia en 1979. Fueron momentos de extrema tensión y aguda ansiedad. El ambiente estaba saturado de brutalidad. El ejército militarizó toda la zona aledaña, desde el Mercado ex Cuartel hasta las inmediaciones de la terminal de Oriente. Hubo un momento en que decretaron un toque de queda en la zona, militares a bordo de tanquetas con megáfono en mano, les pedían a los vecinos que permanecieron en sus casas. Luego inexplicablemente se oyeron nutridos tiroteos y aparecían tendidos en las aceras cadáveres con heridas de bala de presuntos transeúntes, muertes que nunca me pude explicar. En cualquier momento se esperaba una intervención militar en La Constancia, lo que hubiese significado una masacre, existiendo adicionalmente el riesgo que con la intervención pudieran explosionar las sustancias toxicas que se almacenaban en la fábrica. La mediación providencial del Obispo impidió un trágico desenlace.

Pese a la enorme escalada de la violencia y las continuas amenazas que Monseñor recibía, en ningún momento bajó la intensidad de sus denuncias, de ahí que en cada homilía parecía que firmaba su sentencia de muerte. La pregunta que nos hacíamos los que escuchábamos atónitos sus enérgicos señalamientos, era ¿cuándo? ¿cómo? y ¿dónde? se ejecutaría el magnicidio. Era prácticamente la

crónica de una muerte anunciada. El fatídico crimen ocurrió el 24 de marzo de 1980 en la capilla de la Divina Providencia.

El 30 de marzo, el sepelio del Arzobispo concitó a una enorme multitud frente a Catedral. Los padres Ignacio Ellacuría, Jon Sobrino, Arturo Rivera y Damas, entre otros, cargaban el féretro del Obispo, mientras la muchedumbre aguardaba afuera de la catedral, concentrada fundamentalmente en la Plaza Barrios. Un extraño tiroteo, provocó la huída en estampida de muchos asistentes, generando muertos y lesionados. Varios amigos y conocidos que asistieron al sepelio, huyeron y se refugiaron en nuestra casa, ubicada en el Barrio Concepción, y mis padre, al calor de refrescos y gaseosas, les reiteró que los hechos sucedidos ratificaban sus temores que la resonancia de las predicas incrementarían la vorágine de violencia.

Un personaje de la política que siempre le desagradó fue el Ingeniero José Napoleón Duarte. Mi padre lo consideraba un político demagogo, que aplicaba las políticas estatizantes y empobrecedoras ordenadas por la Administración de Jimmy Carter. Sostenía que la estatización de la banca, la reforma agraria, la nacionalización del comercio exterior habían generado más corrupción y dañado el aparato productivo del país. Siempre señaló que los bancos estatizados habían dado crédito por clientelismo político a personas que carecían de respaldo financiero para pagar las deudas, provocando la quiebra de la banca.

Otro personaje histórico que le resultaba antipático fue el Coronel Juan Domingo Perón, ex Presidente argentino. Acostumbraba decir que Argentina no llegó a ser país desarrollado, por culpa de Perón, cuya ideología justicialista, caracterizada por la demagogia, el populismo y el despilfarro, hizo colapsar el desarrollo industrial y económico del país. Cuando el militar asumió el poder en Argentina se fabricaban aviones, y él con sus políticas estatistas erosionó la pujanza económica de la nación suramericana, multiplicando el caos y la pobreza.

Esto nos lleva a distinguir el carisma del buen gobierno. Duarte, como John Kennedy, Ronald Reagan, Juan Domingo Perón y otros, fueron grandes oradores, con gran capacidad persuasiva, controversiales, electrizaban al electorado con su presencia magnética. Pero muy probablemente no fueron buenos administradores de la cosa pública. La historia con frecuencia es injusta: trata de manera marginal a otros líderes con personalidad opaca, árida, serena, juiciosa y prudente, que muy probablemente ejecutaron políticas públicas y programas correctos, que respetaron la Constitución y no dañaron la economía, mientras los líderes carismáticos ocupan capítulos completos, aunque hayan cometido graves yerros.

La primera vez que vi en persona al ingeniero Duarte fue el 25 de octubre de 1979, que regresó de su exilio en Venezuela. Una multitud se dio cita en las calles para recibirlo a su arribo al Aeropuerto de Ilopango. Recuerdo que iba en un camión mientras la gente abarrotaba las calles, al grito de ¡Duarte¡ ¡Duarte! ¡Duarte!

Recuerdo que en las instalaciones de La Constancia, los trabajadores sindicalizados había puesto una manta: "Duarte, títere del imperialismo yanqui". La celebración del arribo del líder terminó en la Plaza Libertad con un fogoso discurso. Julio Adolfo Rey Prendes relata en su libro *De la Dictadura Militar a la Democracia*, otra recepción apoteósica que sus seguidores brindaron a Duarte al regresar del exilio el 25 de febrero de 1974, precisando que habían vallas de personas a lo largo de los doce kilómetros que hay desde la Plaza Libertad a la terminal aérea.

Admiraba la enorme capacidad discursiva de los padres jesuitas, pero los veía en los programas de opinión con mucho recelo. Decía que eran los ideólogos de la revolución, que eran los que concebían los cambios de las estructuras políticas y económicas. Sostenía que con su agudeza crítica y solidez ideológica hacían trastabillar el sistema capitalista. Por eso los habían expulsado de varios países en diversos momentos históricos. Sabía que eran los líderes intelectuales de la Iglesia Católica. Y el líder visible de la Compañía de Jesús en El Salvador respondía al nombre de Ignacio Ellacuría, quien en noviembre de 1988 sostuvo con el ex jesuita Francisco Pecorini un brillante debate televisivo, en el que denunció la injusticia estructural:

> "En El Salvador no hay bien común y se deduce además que nunca lo ha habido y hay que preguntarse quién es el responsable de eso. Por lo tanto no se trata de posesión es que no ha habido condiciones mínimas. No las ha habido nunca. En ese sentido, no ha habido bien común, sino mal

> común. En ese mal común, hay unos pocos que se aprovechan, y una inmensa mayoría no se aprovecha… Nadie tiene derecho a lo superfluo, cuando todos no tienen derecho a lo necesario…”

Un año especialmente violento fue 1989, en el cual fueron asesinados varios funcionarios, ideólogos, analistas políticos que se habían constituido en líderes de opinión. Así perdieron la vida el ex comandante guerrillero Miguel Castellanos (17 de febrero) Francisco Pecorini Letona, ex jesuita e ideólogo de derecha (15 de marzo), José Roberto García Alvarado, Fiscal General de la República (19 de Abril), José Antonio Rodríguez Porth, Ministro de la Presidencia (9 de junio), Edgar Chacón (30 junio), Gabriel Eugenio Payés Interiano (21 de agosto), Sindicalistas de FENASTRAS (31 de octubre), Padres jesuitas y sus dos colaboradoras (16 de noviembre), y José Francisco Guerrero, ex Presidente de la Corte Suprema de Justicia (28 de noviembre).

La mayoría de estas pérdidas conmocionaron al país en gran parte por la valía intelectual de las víctimas y por su abierto protagonismo en el debate político. Pero mi padre lamentó de manera especial la muerte de José Antonio Rodríguez Porth (1915-1989), un abogado liberal, que había sido Ministro de Relaciones Exteriores, miembro del Directorio Cívico Militar en 1961, candidato a la Presidencia en 1972 por el Partido Popular Salvadoreño (PPS), ideólogo de derecha y asiduo articulista de El Diario de Hoy. El autor de mis días lo conoció y lo trato cuando

joven, decía que era una persona de buenos modales, sumamente amable e inteligente.

La última muerte de un personaje célebre que lo vi lamentar, fue la de Ronald Reagan, ocurrida el 5 de junio de 2004. No atendía los señalamientos que se le endilgan al ex gobernante estadounidense en el sentido que promovió el terrorismo de Estado, que patrocinó una guerra atroz en Centroamérica, con las consecuentes masacres de personas inocentes. Mi progenitor se centraba en el aura carismática del dirigente, en su mote de "gran comunicador", de excelente cultor del buen humor, cuya apuesta por la carrera armamentista le permitió ganar la guerra fría y contener la expansión del "Imperio del Mal", como el presidente solía denominar a la Unión Soviética, que a la postre se desmoronó.

Me acuerdo que vio las escenas del sepelio de Reagan: el ataúd cubierto con la bandera estadounidense trasladado en carroza, halada por caballos, a través de las zonas residenciales de Maryland y Virginia hasta el Capitolio de Estados Unidos, con todo el glamour de un desfile militar. Los discursos de homenaje a cargo de George W. Bush, Margareth Thatcher, ex Primera Ministra Británica y Mibrian Mulroney ex Primer Ministro canadiense, entre otros distinguidos asistentes. En el recinto destacaba la presencia del Príncipe Carlos, y del último líder soviético Mijail Gorbachov.

VI. EL OFICIO DE HERRERO Y LA INDUSTRIA DEL MUEBLE

A principios de la década de los treinta, fue a las cortas de café y pudo cerciorarse de la paupérrima calidad de vida de los trabajadores agrícolas y las magras prestaciones laborales que reciben. En carne propia constató la rudeza de la faena, así como las condiciones indignas en que comían y dormían los labriegos en las fincas. El choque con la pobreza rural lo estremeció y volvió a la capital, convencido que tendría que aprender un oficio si quería labrarse un futuro mejor.

En su juventud fue aprendiz en Talleres *Sarti* y *Violo*, dos importantes empresas de mecánica y fundición, fundadas por inmigrantes italianos. Aunque recibía unos míseros centavos por su trabajo, al final de cada jornada, relataba emocionado lo que había aprendido. Siempre enfatizaba que para aprender oficio, hay que aguantar hambre. De allí arrancó su inclinación por los tornos,

fresas, prensas hidráulicas, máquinas de fundición, por crear artefactos mecánicos que posibilitaran la producción en serie de alguna mercancía.

Laboró también en la Casa Castro, donde vendía mobiliario de oficina, plumas Parker y otros accesorios, allí lo encontró el destino cuando en abril de 1944 se dio la famosa huelga de brazos caídos que puso fin a trece años de Martinato. Ahí también fue compañero de Ricardo J. López, quien por varios años fue Presidente de Cruz Roja Salvadoreña, y Ministro de Hacienda en el período de José Napoleón Duarte.

Admiraba su oficio, pero también tenía un respeto hacia lo complejo y amplio que era la mecánica, por eso solía decir que él con mucha pena se ponía Mecánico en su Cédula de Identidad Personal o en el Documento Único de Identidad, lo hacía solo para cumplir el requisito de ponerse un oficio, porque él apenas tenía un dominio mínimo, para todo lo vasto que era esa rama del conocimiento.

Su incursión en la industria del mueble comenzó en 1948 con la fabricación de mesas para maquinas de escribir que hacía en talleres que alquilaba: en uno forjaba las patas, en otro las soldaba y pintaba. Cargaba las mesas en proceso de fabricación de un taller a otro. Posteriormente ofreció estos muebles en un almacén y ahí le dijeron que los dejara en depósito y que los propondrían al Ministerio de Educación. Así surgió la idea de ofrecerlas a esa cartera de Estado, prescindiendo de intermediarios.

La dura faena modeló su recia personalidad, enfrentó la orfandad con entereza, sorteó la pobreza, emergió de un humilde mesón de barrio y se forjó modestamente un nombre en la obra de banco, creando a principios de los años cincuenta "Muebles Metálicos Rivera". Sabía que su trabajo por modesto que fuera, contribuía al engrandecimiento económico del país.

En este oficio se forjó de forma autodidacta y fue un pionero en el país, porque antes de él, los muebles de metal eran importados. Inició de casi manera artesanal una industria, copiando el mobiliario extranjero, en más de algún caso compró un escritorio o una mesa secretarial y la desarmó para descifrar su confección.

Pero de pronto se encontró que tenía pedidos, pero no tenía dinero ni acceso a créditos en las ferreterías, y entonces apareció la figura providencial de don Beto Ramos, a quien mi padre le había hecho unos canales y se los había colocado a su entera satisfacción a un precio muy módico. Don Beto le dio el espaldarazo inicial, al contactarlo con don Max Freund de Almacenes Freund y Vidri, empresas que le otorgaron crédito.

Así comenzaría una industria relativamente florida. Uno de sus primeros clientes fue Walter Avelis, un alemán que había venido huyendo de la segunda guerra mundial, y que representó por varios años las máquinas de escribir Trium. Posteriormente, amuebló oficinas del Ministerio de Educación, Consejo Central de Elecciones, Fértica, Banco Hipotecario, Banco de Fomento Agropecuario, Banco de Comercio, Televisión Educativa, Clínica Mater, Pizza Hut. A su negocio llegaron en el plan de clientes: Marina Uriarte de

Sánchez Hernández, ex Primera Dama de la República; Pío Romero Bosque, nieto del ex Presidente, así como muchos médicos, abogados, ingenieros, odontólogos, etc.

En la difícil tarea de comercialización de los muebles, siempre vio con desdén a los intermediarios, a quienes denominaba despectivamente "coyotes". Consideraban que éstos sin sufrir la fatiga intelectual y física que genera la confección de una mercancía, se quedaban con el margen de utilidad que correspondía al fabricante, al que no le quedaba más que disminuir a toda costa los precios para poder enfrentar la voraz competencia. Lo que hacía la competencia para ofrecer precios atractivos era bajar sustancialmente la calidad de los productos, pero esta opción no era compatible con la ética de mi padre, para quien lo primero era ofrecer una mercancía durable y con buena presentación.

Uno de los factores que pesó negativamente, para desarrollar un negocio más próspero, fue la precaria sociabilidad de mi padre. Frecuentemente lo invitaban a eventos de varias gremiales empresariales, cenas, actos de reconocimiento, asistió a algunos y dejó de hacerlo, porque consideró que no tenía dinero para el champan, los vinos, la cuota gremial, o para pagar el taxi, cuando las reuniones terminaban demasiado noche. Después se lamentaría por no haber cultivado esa sociabilidad, ya que le hubiese permitido hacer más y mejores negocios.

Veía el trabajo como una fuente de prestigio, de honor y como una ocasión para desplegar su creatividad, atributos que valoraba al

margen del dinero. Lo importante era obtener del trabajo autorrealización, la sensación del deber cumplido, más allá de que tan redituable sea sus ocupación. Esa percepción le impidió labrar una vida prospera en el plano material.

Siempre le gustaba hacer cosas que lo desafiaban, que ponían a prueba su ingenio y capacidad. Cierta vez perdió un cliente que le compraba varias mesas para máquina de escribir a la semana, por abocarse a la confección de una compleja librera que le fue encargada. Aceptar ese reto que suponía un esfuerzo mental y laboral adicional, le significó una ostensible pérdida económica.

Recuerdo haberle ayudado a mover una vieja fragua, cuando batiéndose con el martillo y el yunque, hacía cinceles, formones. Era un trabajo duro, de fuerza, de moldear el hierro hecho un tizón encendido. El estruendoso sonido del martillo sobre el yunque contribuyó a agudizar la sordera que lo aquejo durante sus últimos años. Al final andaba con dos aparatitos y aun así no oía.

Le gustaba mucho hablar de producción en serie, por eso en aspectos de desarrollo industrial su gran referente fue Henry Ford, el magnate de la industria automovilística estadounidense. Siempre recordaba como Ford hizo del vehículo un artículo accesible para las clases proletarias. Lo más cerca que estuvo de la producción en serie fue cuando fabricó en tiempo record hacia 1965 doscientos cincuenta camas para la Fuerza Armada y a principios de los años ochenta cerca de treinta torres para Televisión Educativa.

Para fabricar las camas metálicas en un plazo de un mes, hizo máquinas artesanales: una para desenrollar el alambre, otra para

cortarlo y una tercera para hacer el tejido de alambre que llevan las telas. Para una pequeña fábrica, era un gran reto cubrir esa producción en tiempo tan corto, incluso arrendó unas habitaciones solo para bodega. Cierta vez lo vi crear una máquina para hacer con enorme facilidad el zigzag de los polines.

Otra dimensión de su labor benéfica fue la de maestro de obra de banco. En el taller se formaron varios obreros cualificados, que se cotizaban muy bien en otras empresas similares, entre ellos: José Antonio Hernández, Guillermo Pleitez, Wilfredo Hernández, Manuel Jiménez, Julio Burgos, Raúl Mancía Deras, Alfredo Iraheta, y Rafael Estanley Padilla, quien fue el último en abandonar el taller hacia 1989. Vale resaltar que Guillermo Pleitez y José Antonio Hernández, fueron contratados por comerciantes, para montar y dirigir talleres, este último fue fundador y durante varios años Jefe de la fábrica "Procesos Metálicos", ubicado frente al Parque Centenario.

Contaba Rafael Stanley, que cuando fue a laborar a otros talleres de obra de banco, sus compañeros admiraron su estilo de trabajo, su habilidad mental y manual para solventar cualquier problema que se da en la confección de una obra, su capacidad para manejar medidas exactas y lograr finos acabados. Cierta vez llegó y dijo que estaba muy agradecido con la formación que había tenido. En similares términos se ha expresado José Antonio Hernández.

Pensar en aquellos tiempos de Muebles Metálicos Rivera, me lleva a recordar algunos casos tristes de operarios, ampliamente

cualificados, que murieron en extrema pobreza, víctimas del alcoholismo. Quizá el caso más emblemático, fue el de Manuel Jiménez, quien laboró para mi padre desde 1954 a 1979, pese a su adicción al alcohol, se desempeñaba por intervalos en otros talleres del mismo ramo, como Metarama. Se iba, pero siempre volvía, mi padre lo aceptaba por su capacidad. Fue muy triste verlo deambular en harapos por las calles de San Jacinto y luego morir tirado en una acera como un indigente hacia 1982.

Solía quejarse de la escasa inteligencia de los operarios, de su falta de concentración y de los continuos errores que generaban pérdidas de tiempo y de material, así como de la falta de capacidad e interés para hacer una obra fina y acabada. Pero habían honrosas excepciones: Mario Gil Rauda, un muchacho oriundo de Santa Ana, y Antonio Ramírez "El Pelón", quien laboró por muchos años en la Universidad de El Salvador, ambos fueron para él obreros muy diestros e inteligentes.

Le tenía un especial cariño a todo el acervo de máquinas que componían su taller, las cuales envejecieron con él: su dobladora de lámina, importada de Alemania en 1953, el taladro, esmeril, soldador eléctrico, aparato de soldadura autógena, torno, prensa hidráulica, cortadora de lámina, compresor y de manera especial tenía una adhesión afectiva hacia un camión verde, marca Ford, modelo 1953, el cual no le fallaba cuando más lo necesitaba, por ello lo consideraba su más fiel amigo.

Con el auxilio de ese viejo automotor, construyó dos casas, trasladaba muebles y materiales. Pero la contribución más valiosa

de su fiel amigo, se dio en 1981 cuando trasladó el taller: parecía una escena surrealista, enclavada en los años cincuenta, ver avanzar al viejo camión por el centro histórico de San Salvador, sobrecargado de objetos arcaicos. Hizo innumerables viajes durante varios meses. Lamentó mucho que para techar la galera del local donde trasladaría el taller, tuvo que vender la prensa hidráulica.

Ya en el ocaso de la vida, retirado del ingente trabajo, mi progenitor seguía en el taller en compañía de la soledad, haciendo una que otra labor artesanal por pura terapia ocupacional. Me imagino que pensaba en lo que fue y no pudo ser, en sus sueños de articular una gran industria, con maquinas modernas y muchos trabajadores. Se le escuchó diciéndose a sí mismo: ¡Qué bello es mi taller! Al respecto mi hermano Álvaro en su poema *un* C*ipotío descalzo* escribió: “Al final vagaba solo entre las máquinas como el último soldado en un campo de batalla. Nunca se rindió. Su cuerpo sí, él no”.

VII. PASATIEMPOS QUE DESPERTABAN EMOCIONES

a) La lucha libre

La década de los sesenta fue la época de oro de la radiodifusión salvadoreña, de la música juvenil y de la lucha libre, esta última fue otra de las aficiones de mi padre. Solía ir a galería de la Arena Metropolitana, nunca a ring side y desde allí vivía intensamente la emoción de este deporte. En los años sesenta el escenario por excelencia de la lucha libre fue la Arena Metropolitana, ubicada en el Barrio Concepción, cerca de la Esquina de la Muerte.

La lucha libre tuvo una relevancia inusitada, era transmitida por la televisión, gracias al patrocinio de ADOC, y se contó con la narración del inolvidable Miguelito Álvarez. Los luchadores adquirieron una connotación especial, se volvieron héroes o villanos criollos, ampliamente reconocidos, porque se popularizaron a través de la pantalla chica. En aquella época las figuras del pancracio eran: Sordo Mudo Cruz, El Mongol, Kaly Valdez, El Olímpico, The Tempest, Tony Jackson, la Sombra, Gran Chema. Los rudos: El Bucanero, El Conde Rojo, El Apache. Fue tanto el apogeo que los contratistas tuvieron a bien traer a la Arena Metropolitana luchadores de México de verdadero renombre

como Tonina Jackson, Blue Demon, El Médico Asesino, y por supuesto, el incomparable Santo, El Enmascarado de Plata.

Disfrutaba intensamente la lucha, aunque sabía que era una mezcla de teatro y deporte, una combinación de movimientos estudiados, lucha simulada, acrobacias, lances. Pero paradójicamente, pese a la naturaleza ficticia de este popular deporte, las lesiones que sufren los luchadores con frecuencia son verdaderas y hacen pensar por momentos que estamos en presencia de un deporte en el que la competencia es real.

De mi progenitor heredé la pasión por la lucha libre que llegó hasta mi adolescencia. Una de las satisfacciones que tuve fue ver en El Poliedro a Titanes en el Ring, allá por 1975, gracias a una invitación de mi hermana Gladys. Recuerdo que Yolanka descendió de una nave colgada del Techo del Poliedro y la emoción se intensificaba cuando aparecía en escena el Campeón del Mundo, Martin Karadagian, y se oía la canción: "Ya llegó Karadagian/ el gran Martin es un titán/Martin es el titán/ de titanes en el Ring." Inmediatamente después mi héroe de infancia fue El Santo, El Enmascarado de Plata, cuyas películas no me perdía.

b) La pasión por la lectura

Dada la poderosa fascinación que los libros ejercieron sobre mi padre, se forjó a sí mismo a través de la lectura, ya que su azarosa vida no le permitió concluir primer grado en la extinta Escuela Confederación en 1935. Nunca olvidaré la imagen de verlo en la

madrugada a través de la ventana de su habitación, sentado al borde de su cama, con su lámpara de mesa, proyectando luz sobre las hojas de un libro, dispuesto sobre una pequeña tabla que apoyaba en sus piernas.

Cuenta mi madre que el 14 de septiembre de 1948 que unió su vida a papá, se encontró con una humilde habitación, un baúl donde guardaba su ropa, escasas herramientas de mecánica, una pequeña mesita con vasos, una modesta tijera de lona, y lo único que tenía en abundancia eran libros, entre los que figura *Plenitud*, de Amado Nervo, al que le guardaba especial afecto por haberle sido obsequiado por el tío Joaquín. Y los libros eran objeto de cuidados especiales: solía sacarlos al sol, para evitar que el comején y la humedad los deterioran.

Leía y escribía mi padre con particular devoción, cada palabra que desconocía la investigaba y analizaba. Cuando escribía trataba de imprimirle amor y ternura a cada vocablo que colocaba en sus cartas a los seres queridos, en épocas propicias como la navidad, con la ilusión de transmitir en su mensajes, esperanza, deseo de vivir, ideales, sueños y fe en el porvenir. El trataba de vestir las palabras con su traje de gala para que brillaran con luz propia e iluminaran la conciencia de sus destinatarios.

En efecto, la lectura nutría su creación literaria que se manifestaba en el género epistolar, a través de imágenes, figuras, símbolos, abstracciones, que dejaba plasmadas en notas que también dirigía a clientes potenciales y a más de alguna autoridad. Recuerdo una

carta que le envío el 27 de enero de 2001 a mi hermana Gladys, entonces residente en Canadá, en procura de apoyo para reconstruir su casa dañada con motivo del terremoto ocurrido el 13 de ese mes. El tenor de la nota era el siguiente:

> *"Querida hija:*
>
> *Por este medio hago de tu conocimiento y de nuestra familia y amigos de los daños sufridos en nuestra casa por el terremoto del 13 de enero de este año.*
>
> *Ya todos sabemos que el 13 de enero la naturaleza asestó un fuerte golpe a nuestro sufrido país, que cegó vidas, destruyó bienes en toda la dimensión del territorio. Esta nueva tragedia nos hunde en el dolor, pobreza, frustración e incertidumbre. Hoy necesitamos la unidad y comprensión de todos los salvadoreños y de la población del mundo para que nos demos la mano. Necesitamos ánimo para ponernos de pie y seguir con optimismo el camino de la vida, que a veces nos sorprende con sus diferentes matices.*
>
> *Me permito expresar que lleno de fe en Dios, y confianza en la nobleza del corazón humano…"*

Después de su extinción física, me fui sorprendiendo porque encontraba en los libros que abría apuntes suyos, sobre palabras que debería de buscar en el diccionario, comentarios escritos en pequeñas hojas, frases subrayadas. Así fue, un lector reflexivo, acucioso.

Siempre me pregunté ¿cuál fue el origen de esa devoción por la literatura? Una circunstancia que influyó poderosamente en esa inclinación, fue haber sido alumno de Amparo Casamalhuapa (1910-1971), mujer de considerable belleza, gran oradora, escritora, líder feminista, discípula de Alberto Masferrer. Mi padre siempre recordaba el férreo carácter y la enorme conciencia social de su bella e ilustre maestra, quien lo marcó positivamente por el resto de sus días.

Haber sido voceador de periódicos a mediados de los años treinta, paradójicamente le permitió aquilatar la pluma de los buenos escritores. Ese modesto empleo lo condujo a El Diario de Hoy, hacia 1936, cuando este rotativo estaba ubicado en las inmediaciones de lo que después fue el Cine Paris. Así nació una profunda admiración hacia don Napoleón Viera Altamirano y hacia su esposa, doña Mercedes Madriz de Altamirano, fundadores de ese periódico, por las habilidades literarias de ambos y por el temple de enfrentar a la dictadura. Ahí fue testigo ocular de la férrea censura oficial al periódico y del exilio de Viera Altamirano hacia Honduras, por ser sesudo crítico del régimen del General Maximiliano Hernández Martínez. Siempre admiró la entereza moral que doña Mercedes demostró para sostener el periódico durante el exilio de su esposo.

Cabe resaltar que mi padre fue un asiduo lector de los editoriales de Napoleón Viera Altamirano, Mercedes Madriz de Altamirano, Carlos Sandoval, Carlos Balaguer, Francisco Pecorini, Rafael Hasbún, Reverendo Ricardo Fuentes Castellanos, Jorge Lardé, y de la página

literaria de El Diario de Hoy donde escribía Arturo Uslar Pietri, Rolando Elías, David Escobar Galindo.

Por la orfandad que sufrió desde la más temprana edad, se sintió identificado con Rubén Darío, el Rey del Modernismo, a quien mencionaba con tanto afecto y recurrencia, como si hubiese sido un hermano entrañable que se había extinguido prematuramente. Al referirse a la permanente presencia del dolor en la existencia humana, solía musitar párrafos de *Lo fatal:* “Dichoso el árbol que es apenas sensitivo/ y mas la piedra dura porque esa ya no siente/pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo/ni mayor pesadumbre que la vida consciente…”

Tenía un gran ojo interior que le daba la agudeza para explorar el trasfondo de las cosas, auscultar las profundidades del alma humana y ver más allá de las apariencias. Recuerdo que cuestionaba la falsa felicidad que promueve el mercantilismo depredador, que busca confundir la capacidad de consumo con la calidad de vida, que promueve una dicha íntimamente ligada a la belleza física, al lujo, al confort material.

En ese contexto, solía recitar fragmentos de aquel famoso poema *Reír llorando* del escritor mexicano Juan de Dios Peza, en el que describe la historia de David Garrick, el gran actor inglés del siglo XVIII, que hacía reír a todos, atesoraba fama y fortuna, pero sufría una gran depresión. En dicho poema se destaca que con frecuencia la sonrisa es una máscara o un disfraz que esconde un gran dolor:

> *"Si se muere la fe, si huye la calma,/si solo abrojos nuestra planta pisa,/lanza a la faz la tempestad del alma/un relámpago triste: la sonrisa./El carnaval del mundo engaña tanto,/ que las vidas son breves mascaradas;/ aquí aprendemos a reír con llanto,/ y también a llorar con carcajadas."*

Al aludir a la fugaz existencia humana y a la efímera belleza femenina, que se marchita de un soplo, no perdía ocasión para recitar fragmentos del poema *El Príncipe* de Pedro Calderón de la Barca: "Estas que fueron pompa y alegría/despertando al albor de la mañana/a la tarde serán lástima vana/durmiendo en brazos de la noche fría…"

Solía hablar la venalidad campeante en este mundo materialista, donde casi todo tiene un precio. Al referirse a la voraz ambición por el dinero que corrompe la justicia, la política, las relaciones sociales, solía citar aquel poema *Verdades amargas* del poeta hondureño Ramón Ortega: "Yo no quiero mirar lo que he mirado/ a través del cristal de la experiencia/el mundo es un mercado en que se compran/amores, voluntades y conciencias./ Amigos…es mentira…no hay amigos/la verdadera amistad es ilusión/ella cambia, se aleja, desaparece/ con los giros que da la situación…"

Su fascinación por la poesía, se extendía a los declamadores, uno de ellos fue el extraordinario orador y locutor mexicano, Manuel Bernal. Mi progenitor tenía un LP titulado *Brindis del Bohemio*, en el que Bernal declamaba *En paz y Amada imóvil,* de Amado Nervo, *Por qué me quite el vicio*, de Carlos Rivas Larraudi, *Nocturno a*

Rosario, de Manuel Acuña, entre otros poemas. Uno de mis hermanos, Eduardo, se inspiró tanto en las magistrales recitaciones, que se aprendió varios versos, y representó al Instituto Nacional Francisco Menéndez en un Concurso de Declamación que tuvo lugar en el Circulo Estudiantil el 28 de agosto de 1966. Eduardo obtuvo el primer lugar, recitando *Los motivos del Lobo, de Rubén Darío,* y su foto junto a los otros ganadores, apareció en los periódicos al día siguiente. Entre los jurados figuraban la actriz Adelina de Gumero y el escritor Hugo Lindo, autor de Justicia señor Gobernador.

Conservaba con uno de sus mayores tesoros un libro del escritor argentino, Alberto Ghiraldo, denominado el *Archivo de Rubén Darío*, publicado en 1943, en el que se relacionan cartas que enviaba y recibía el poeta, en las que se revela su intensa vida académica, la zozobra que vivió en sus cargos diplomáticos, dichas y desdichas, sus proyectos literarios, sus incontables viajes y opiniones sobre otros autores y acontecimientos políticos. En fin, una aproximación a las múltiples facetas del gran creador y al espíritu de una época, particularmente convulsa e inquietante.

Pero del libro que le escuché los comentarios más halagadores fue "La Sabiduría de Goethe", compilación de pensamientos de Johann Wolfang Goethe, a juicio de algunos el más grande hombre de letras alemán. La obra abarca opiniones sobre diversos temas, a saber: la personalidad, suerte y destino, amor y pasión, fé, renunciamiento y dolor, juventud y vejez, vida y muerte, grandeza, la actividad, saber vivir, cognición. Por varios meses y casi años mi

progenitor se sumergió periódicamente en las aguas del pensamiento goethiano, se zambullía y luego emergía a la superficie a relatar durante las horas de comida, sus impresiones del contacto con esa inteligencia superior.

Se sentía muy identificado con Edmundo Dantes, el gallardo héroe de *El Conde de Montecristo*, la clásica novela de Alejandro Dumas. Otro personaje que había emergido victorioso del fondo de un cruel suplicio, a causa de la conspiración de falsos amigos. Dantes guardo prisión injustamente durante trece años en el tenebroso Castillo de If, allí tuvo la fortuna de entablar amistad con un anciano extremadamente culto, el sacerdote Abate Faria, que lo instruyó en múltiples temas, desde historia, pasando por matemáticas, lenguaje, hasta filosofía, y le confió el escondite de un gran tesoro en la Isleta de Montecristo. Acrisolado por una vasta cultura y dotado de una cuantiosa fortuna, Dantes asomó al mundo libre, para ejecutar su impecable plan de venganza contra los que lo traicionaron.

En las postrimerías de su vida, el autor de mis días permanecía con el cuarto atiborrado de periódicos, no le gustaba que los diarios se vendieran o se regalaran, porque decía que contenían artículos, editoriales, información valiosa para comprender la realidad mundial que había que rescatar, y que él leía y releía en las noches de insomnio. Me enseñó que la página editorial era el cerebro del periódico que ahí se condesaba la misión o la visión del rotativo y su postura frente a los acuciantes problemas nacionales e internacionales.

Su mente nunca paró de parir proyectos, acostumbraba decir "mi cuerpo es viejo, pero mi espíritu es joven". Y este aspecto de su jovial personalidad es retratado por mi hermano en su poema *Cuando llega mi padre*: Enemistado con su cuerpo,/ en pleno Septiembre,/mi padre murió joven/a los ochenta y cinco años".

c) La música que lo cautivó

En la época de la adolescencia de mi padre, el amo y señor de los sentimiento juveniles se llamaba Carlos Gardel, su mito con el talante de argentino porteño nutrió la imaginería del público latinoamericano. Cierta vez, encontré un vetusto cassette y lo puse en una radio grabadora que apenas funcionaba, e hice sonar las clásicas canciones de Gardel e inmediatamente vi que los ojos de aquel viejo se nublaron y su mente se pobló de reminiscencias de aquellos años mozos.

Pero como buen lector, su admiración se extendía a ese genio literario llamado Alfredo Le Pera, quien con su magistral pluma escribió inmejorables piezas de tango "El día que me quieras", "Golondrinas", "por una cabeza", "Caminito". Con sobrada razón a la dupla Gardel-Le Pera, ahora se le compara con la dupla Lennon-MacCartney, y Erasmo Carlos-Roberto Carlos.

Solía repetir las últimas palabras que grabó el ídolo argentino en un disco promocional, antes de embarcarse en la trágica gira que cegó su vida, él destacaba la enorme expresividad y calidez del artista:

> *"Queridos amigos de mi tierra y de mi raza. La casa Víctor quiere que les anuncie la firma reciente de mi contrato de exclusividad con ellos, y yo lo hago muy gustoso, porque sé que nuestras grabaciones serán cada vez más perfectas y encontrarán en ustedes oyentes cordiales e interesados. Yo acabo de terminar dos nuevas películas ´Paramount´: ´El día que me quieras´ y ´Tango Bar´, y voy a comenzar una gira que comprenderá Puerto Rico, Venezuela, Colombia, Panamá, Cuba y México. Luego visitaré los otros países de nuestra lengua, donde espero tener el gusto de saludarles personalmente…"*

Relataba mi padre que el anuncio que antecede generó enorme expectación en El Salvador, y el público esperaba con ansias la visita del cantante. Pero el 24 de junio de 1935, a raíz de un aparatoso accidente aéreo acaecido en Medellín, Colombia, Gardel murió, hecho que lo embargó de profunda tristeza. Creo que en homenaje al Rey del Tango esbozó su primer poema. Luego recordaba con nostalgia las interminables muestras de duelo que dicha pérdida generó en el mundo y particularmente en su "Buenos Aires querido" y el apoteósico funeral que el cantor tuvo, tal vez solo comparable con las exequias de Evita Perón.

A principios de los años cincuenta los artistas extranjeros se presentaban en el Teatro Popular (ubicado en las actuales instalaciones del ex Cine Libertad), un modesto escenario de lámina y madera, con graderíos dispuestos como en los circos, inaugurado en 1923; y se hospedaban en el Hotel Astoria cerca de

la Plaza Morazán, a la par del Edificio de la ex Librería Hispanoamérica. Una de las luminarias del espectáculo que se presentó en el Teatro Popular, fue Pedro Infante, quien haciendo despliegue de su aura carismática cautivó al público con su clásico recital de bellas canciones “Historia de un amor”, “Cucurucucu paloma”, “Amorcito corazón” y otras que lo inmortalizaron. Se presentó acompañado del Mariachi Vargas de Tecalitlán.

Le impresionó la humildad que proyectó Infante, quien agradeció profundamente el cariño que le prodigaban sus seguidores, enfatizando que de no ser por el favor del público, volvería a su antigua oficio de carpintero. Y tuvo un gesto adicional que define la textura moral del ídolo: una vez concluida la función solicitó a los asistentes que se retiraran, para que ingresaran las personas que no habían podido pagar sus entradas. Y luego continuó cantando.

Dado el enorme privilegio que tuvo de conocer en persona al charro más célebre, otro hecho que lo conmocionó, fue su trágica muerte, ocurrida en accidente aéreo el día 15 de abril de 1957. Su avión se estrello al pretender despegar de una pista en Mérida, Yucatán. Años después, vio el documental *Así era Pedro Infante (1963),* producido y dirigido por Ismael Rodríguez, el mismo Director de los más célebres films que estelarizó el artista. Este film proyecta estremecedoras escenas del dolor colectivo expresado en el funeral del carismático artista. Describía frecuentemente aquellos rostros consternados, como si hubiese sido testigo presencial, destacando que hasta los hombres lloraban amargamente la extinción del ídolo. No cabe duda que fue partícipe

de esa profunda pena, que con el tiempo se atenúa, pero no desaparece. Y es que ningún pueblo logra recuperarse plenamente, cuando pierde en condiciones tan lamentables a uno de sus más queridos hijos.

Solía relatar que para la inauguración de los III Deportivos Centroamericanos y del Caribe, celebrados en San Salvador, del 15 de marzo al 5 de abril 1935, se hizo presente Agustín Lara, quien actuó en el Estadio Nacional (ahora "Mágico" González). Lara siempre fue uno de sus artistas predilectos, autor, compositor y cantante de numerosos éxitos "María bonita", "Noche de Ronda", "Señora", "Granada", "Farolito". Curiosamente Lara fue descubierto por otro cantante al que mi padre admiraba mucho Juan Arvizu (1900-1985), "el Tenor de la Voz de seda", interprete de inolvidables temas "Plegaria" y "Salud, dinero y amor", "Damisela encantadora".

El 14 de julio de 1962 se presentaron en el Cine Darío de San Salvador, "Los Churumbeles de España", encabezados por sus cantantes Juan Legido y Mario Rey, populares intérpretes de "Cariño verdad", "La española cuando besa", "Doce cascabeles", y otras tantas tonadas que siguen gozando del gusto popular. Mi progenitor estuvo ahí y destacó el alto profesionalismo de los artistas ibéricos, el cuido que tenían hasta en los más mínimos detalles de su presentación, desde su vestuario, pasando por el lenguaje gestual y corporal, hasta la entonación armoniosa de sus voces, y la ejecución de sus instrumentos.

Guardaba admiración hacia el doctor Alfonso Ortiz Tirado (1895-1960), médico patólogo y tenor de dulce y cálida voz, quien fundara un hospital de niños en la capital mexicana con los ingresos de sus presentaciones artísticas, popularizó “Peregrino de amor”, “Llamarás a mi Puerta”, “Serenata”, “Adiós Mariquita Linda”. Asimismo, figuraba entre los artistas de su predilección, Nat King Cole (1919-1965), el cantante de color estadounidense que tuvo gran éxito con sus discos en español, por el singular acento con que interpretó “Ansiedad”, “Perfidia, “Quizás, Quizás, Quizás”, “Adelita”. Por cierto este último es uno de los pocos intérpretes de habla inglesa, que ha triunfado cantando en español.

Fue encantado también por la voz, el talento y la presencia de Libertad Lamarque (1908- 2000), a quien llamaba “La Gardel femenina”, también llamada “La novia de América”, actriz y cantante con ocho décadas de carrera artística. De alguna manera suplantó el faraónico vacío que dejó el Rey del Tango, y se hizo célebre en toda América con temas “Nostalgias”, “Historia de un amor”, “Arráncame la vida”, “Estrellita del sur”, “Inspiración”.

Mientras trabajaba en el taller sábados o domingos o por las noches, se deleitaba con la música de Billy Vaughn (1919-1991), músico multi-instrumentalista, arreglista de famosos temas “Brasil, “Corazón de Melón”, “El Manicero”; Ray Coniff (1916-2002), director de orquesta que hizo formidables arreglos a éxitos latinos como “Jamás”, “Extraño en el paraíso”, “Caballo viejo” “Que no se rompa la noche”; Johann Strauss (1825-1899), el compositor austríaco que revolucionó el vals, creador del mundialmente

famoso "Danubio Azul" y Glen Milller (1904-1944) músico estadounidense, considerado el Rey del Jazz, que fue un Mayor del ejército, desparecido misteriosamente para la Segunda Guerra Mundial, creador de los éxitos "In the mood", "Over the rainbow", "Luna azul".

Cuando escuchaba en los programas radiales y televisivos a los intérpretes nacionales, solía criticar la falta de una escuela de calidad que apuntalara la profesionalización de nuestros artistas, y contrastaba las carencias formativas de éstos, con la excelencia mostrada por artistas foráneos que él había tenido la oportunidad de ver en vivo. Para él la formación estética y artística era fundamental en la formación integral del ser humano, y en el desarrollo moral de la sociedad.

No se perdía cada mañana de domingo "el fonógrafo del recuerdo", en Circuito YSR, que sonaba en la década de los ochenta, un exquisito programa con la inigualable voz del locutor salvadoreño Omar González, en la que hacía remembranzas de la música, de los treinta, de los cuarenta y cincuenta, puntualizando una semblanza de sus autores, reseña de cada canción y de la época en que fue compuesta. Un programa con una animación elegante, fluida y emotiva, con un estilo refinado que ya no se escucha en la radiodifusión nacional.

Vivió intensamente la música hasta dormido, mi gran amigo Juan Francisco Segura, quien por cierto es un excelente músico, escribió en Facebook: "Tantos recuerdos de don Salvador…me acuerdo cuando me dijo que dormido Dios le regaló una bella canción, pero

como no sabía de música no la escribió. Él me expresó que le hubiera gustado saber para compartirla…”.

d) La predilección por el buen cine

Veía el cine no solo desde el punto de vista de la recreación o del deleite, sino como una herramienta pedagógica que puede contribuir a la formación integral de la persona, mediante la difusión de principios y valores, la denuncia de vicios sociales, la toma de conciencia sobre los acuciantes problemas que aquejan a la humanidad.

Tenía muy claro que el cine nos ayuda a construir criterio y a tomar posición sobre la familia, la guerra, la política, el poder, el aborto, la eutanasia, las relaciones de pareja, etc. Consideraba que el séptimo arte es generador de opiniones y como tal ejerce una influencia, a veces decisiva, en la opinión pública, y no solo revela o refleja conductas, sino que también es capaz de modelar comportamientos, para bien o para mal. Y es que nos da pautas para analizar, prevenir o resolver problemas. Amaba el celuloide que armoniza recreación con formación en valores.

Probablemente vio gran parte de las películas en el Teatro Popular (después Cine Libertad), en aquellas viejas galerías de madera, que retumbaban de jóvenes inquietos que silbaban y zapateaban, ante escenas que despertaban risa, morbo, curiosidad, suspenso. Entonces San Salvador era una minúscula ciudad provincial, con calles empedradas y polvosas, y la pantalla grande representaba el centro de recreación por excelencia.

Contrario a lo que podría creerse, el gran Carlitos Gardel no solo cautivó al público gracias a los gramófonos, que fueron los sustitutos del fonógrafo, sino sobre todo gracias al celuloide, a través de películas inolvidables como Melodía Arrabal (1933), El tango en Broadway (1935), Tango Bar (1935), *El Día que me quieras*(1936). Todos los guiones de las películas fueron escritos por Alfredo Le Pera.

Mi padre quedó particularmente impresionado con una escena de *El día que me quieras,* en la que Gardel haciendo gala de una enorme fuerza expresiva interpreta el tema *Sus ojos se cerraron: "Sus ojos se cerraron/ y el mundo sigue andando,/su boca que era mía/ya no me besa más,/se apagaron los ecos/ de su reír sonoro/ y es cruel este silencio/que me hace tanto mal…/¡Por qué sus alas tan cruel quemó la vida!/¡Porqué esta mueca siniestra de la suerte/Quise abrigarla y más pudo la muerte, /¡Cómo me duele y ahonda mi herida!... "*

En la frecuencia de los films de calidad, admiraba las buenas actuaciones de los grandes actores y la calidad argumental de las películas. Solía encomiar el desempeño escénico de Charlton Heston, Elizabeth Taylor, Clark Gable, Charles Chaplin, Mario Moreno Cantinflas, Pedro Armendáriz, Arturo de Córdova, Dolores del Río, María Félix y admiró directores como Cecil B. DeMille, Emilio "El Indio" Fernández, Ismael Rodríguez.

Dos grandes comediantes fueron referentes permanentes es sus conversaciones cotidianas: Charles Chaplin y Mario Moreno "Cantinflas". Ambos encarnaron personajes que encerraban una

profunda humanidad, hacían reír y llorar en sus comedias, las que tenían un contenido moralizador y de denuncia social. Las películas de los dos genios influyeron de manera determinante en su percepción del mundo. Para citar solo algunos ejemplos de la vasta cinematografía de Chaplin: *Tiempos Modernos* (1936) sátira contra la mecanización del hombre; *El gran dictador (1940)*, sátira en la que denuncia al fascismo y al nazismo; Candilejas (1952). Por su parte, Cantinflas nos legó también excelentes producciones: *Si yo fuera diputado* (1951), *El padrecito* (1964), *El Quijote sin mancha* (1969), El Ministro y yo (1975), *El Patrullero 777* (1977).

Podía ver muchas veces sin aburrirse magnas producciones como *Los Diez Mandamientos(1956),* dirigida por Cecil B De Mille y *Ben Hur (1959)*, dirigida por William Wyler, ambas protagonizadas por el estelar actor Charlton Heston, obras cumbres del cine histórico bíblico, con impresionantes efectos especiales, todo un espectáculo visual que ha deslumbrado a varias generaciones de cinéfilos.

Evocaba los musicales de Fred Astaire (1899-1987), el bailarín y actor estadounidense de proporciones legendarias, considerado un genio de la danza, cuyos movimientos y elegancia lo convirtieron en el máximo exponente del cine musical, luego de ser lanzado al estrellato en el film Volando hacia Río de Janeiro (1933), en el que hizo dupla con la actriz, Ginger Rogers. Por cierto esta película era citada por mi padre como un ejemplo del cine majestuoso, fundamentalmente por el número espectacular *Fliying down to río*, que dio nombre al film, en el que apareció la coreografía de un grupo de coristas ejecutada con actos acrobáticos sobre las alas de

unos aeroplanos en pleno vuelo, mientras elegantes invitados de una fastuosa fiesta las contemplaban desde un elegante salón.

Lamentó mucho que a mediados de los años setenta y casi toda la década de los ochentas, las salas de cine se saturaron de sexo explícito y de las pícaras comedias mexicanas, ubicadas en la categoría de cine de ficheras. Y entonces el enorme protagonismo que ocupaban las estrellas de la época de oro de la cinematografía mexicana, tales como Blanca Estela Pavón, María Félix, Dolores del Río, Lupe Veles, Silvia Derbez, fue ocupado por vedet, con esculturales cuerpos, cuya capacidad actoral no era exigida.

Cuando retornaba asqueado del cine, por la baja calidad de las producciones que se exhibían, solía evocar los años del celuloide de excelente manufactura, y citaba una de las piezas clásicas del cine dramático que lo conmovió: *"Mujer X"*, melodrama con un gran carácter moralizador. La cinta versa sobre un niño apartado de su madre, convertido después en un joven y brillante abogado, quien por coincidencias del destino hace una ardua defensa de una mujer, sin saber que era su progenitora, a quien se le procesaba por el homicidio de un amante. No podría precisar cuál de las versiones lo impactó, ya que se han hecho nueve filmes, en varios idiomas, los cuales son adaptaciones de la obra de teatro Madame X (1908), del dramaturgo y novelista francés Alexandre Bisson.

VIII. LA DESPEDIDA

La mente no cesa de recordar los últimos instantes de mi padre en este mundo. El 9 de septiembre 2004 le dio el primer ataque: se caía y quedaba inconsciente por unos minutos, pero se recuperó. Lo llevamos al hospital en una ambulancia, a la cual subió caminando; estuvo por espacio de media hora en chequeo y ahí le comento a mi hermano Eduardo que lamentaba que nosotros no fuéramos todo lo afortunados que él hubiese querido; y luego recayó nuevamente, siendo traslado a otro nosocomio, aproximadamente a las doce horas y treinta minutos de la noche del día diez.

Sus últimas treinta y cinco horas, permaneció sin abrir los ojos, jadeando con el auxilio de un respirador artificial. En ese lapso, se le veía bastante vitalidad. En sus últimos instantes tuvo la satisfacción de percibir la presencia de mi hermana Gladys, quien lo acarició, en respuesta abrió por fin los ojos, mi hermana le dijo que no se preocupara por la India (refiriéndose a mi mamá) y por Joaquín (refiriéndose a mí), que ella se ocuparía de nosotros, su pecho se agitó fuertemente y expiró. El día once de septiembre,

aproximadamente a las catorce horas treinta minutos, mi padre entrego su intelecto y su espíritu al Creador.

Cuando salía con su cuerpo inerte del Hospital sentí todo el peso de la orfandad sobre mis hombros y retornaron a mi mente los consejos, las anécdotas, las bromas, las lecciones, el enorme respaldo moral y material que me prodigó, en fin todo el esfuerzo que desplegó por mí. Sentí que una parte de mí había muerto, que el árbol había quedado sin raíz, pero contradictoriamente la savia que fue su vida seguía fluyendo por mis venas y arterias. En mi imaginario percibí que recibía su antorcha flameando de ideales inconclusos y que al expirar sus días, me transmitía su energía.

Mi experiencia personal como hijo, me enseñó que nunca dejamos de ser padres. El autor de mis días abandonó este mundo terrenal, pero su testimonio de vida continúa guiando mis pasos, sigue dando frutos después de su muerte, sigue inspirando mis actos, siempre está presente cuando hablo, escribo, camino o conduzco mi vehículo. Acostumbro ponerme nostálgico al oír las canciones o ver los retratos de Carlos Gardel, o al escuchar “Mi viejo” de Piero o “Con una pala y un sombrero”, del gran cantautor Gervasio. Y esta historia es común a millones de personas, que han tenido la enorme dicha de contar con padres responsables.

A cambio de haber recibido muy poco, trató de dar lo más que pudo. La carencia del amor materno y de un hogar fraterno, pudo desembocar en graves desequilibrios y en conductas antisociales, pero no solo no se extravió en la senda de la perdición, ni pago hiel por hiel, si no que se autoformó en la cultura del sacrificio, mas

nunca desdeñó a los que se forjaron en la cultura del privilegio. Asumió por completo la responsabilidad de su destino, sin responsabilizar a las estructuras del poder de su suerte.

Trabajó intensamente por dejar un legado material y moral, y creo que lo consiguió con creces. Recuerdo todas las gestiones que hizo para legalizar las propiedades de una sucesión que adquirió, una de las cuales le fue usurpada. Pero luchó por liberar los inmuebles de cualquier gravamen, para que sus herederos pudiesen disponer de los mismos. En su testamento también dispuso de sus libros, uno de los tesoros más preciados.

Mi buen amigo, el pastor Francisco Medrano Valencia, en su prédica durante el sepelio hizo un símil que, salvando las distancias y las proporciones, me pareció acertado: comparó a mi padre con el Rey David. Y es que al igual que el valiente Rey de Israel, mi progenitor fue un guerrero que enfrentó con gallardía el Goliat de la adversidad, de la ausencia de apoyo, de la pobreza extrema y fundó una familia, una empresa, dio un aporte a su terruño natal que tanto amaba, rompiendo así un circulo vicioso y una cadena de infortunios que marcó su infancia y juventud, dando a sus hijos el apoyo material y afectivo que él no tuvo.

La cálida tarde del catorce de septiembre, con motivo de su entierro, escuché varias anécdotas sobre él, que revelaban actos de humanismo y generosidad. La tía Ángela, esposa de tío Jorge, agradeció que mi progenitor le dio en comodato una casa para que vivieran en Ciudad Delgado. Sus expresiones fueron: “Tengo mucho

que agradecer a Salvador”. Don Francisco Segura Rivera, maestro de profesión y entrañable amigo, dijo: “Don Salvador es uno de los mejores conversadores que he conocido, daba excelentes consejos”. Escuché que solía motivar a la gente para que conquistaran sus metas y realizaran sus sueños, para que buscaran formas innovadoras y originales de desarrollar sus negocios o industrias.

POEMAS

Alvaro Rivera Larios

A mi padre

Se sabe de antiguo
que un hombre
en su viaje a la muerte
se transforma
en varios rostros.

El cinco de agosto
de mil novecientos diecinueve
mi padre se precipitó al mundo
porque dos sombras
al azar, se atrajeron

Tenía sangre de Izalcos
pero nunca extrañó sus palabras.

Fue un niño con madre
y abuela
y con un tío alto de tez clara.

Pronto supo
que la mano materna
era dura.
Fue pastorcillo
de su propia sangre.

La segunda cometa
que elevó
era hechura
de sus manos.

Así comenzó el vuelo
apoyando el salto

en sus propios dedos.

A los ochenta años
dice:
Yo fui un niño viejo.

Pero ese niño recordaba
un árbol con fruta sin dueño
y al tío alto
que abrió las páginas del libro.
De la techumbre negra
Podría salvarlo su música.
Quien se eleva a sí mismo
por el canto
quien llega a París
quien retorna al pueblo pequeño
a morir en multitud
es un hombre
y se apellida Darío.

Cuenta la Tía Rosa:
Tu padre cantaba en el baño,
soñándose una voz en el centro
lejos del peso triste de las cosas.
Pienso que mi padre
tenía dentro
todo lo que fue y no pudo ser
el niño que vendía periódicos
el joven tanteando el hierro
el viejo que impugnaba al mundo.

Con los brazos de herrero
que el mismo se hizo
con esas manos
que tanto miraban
con que respeto tocaba
los puntos y las comas

en busca del lugar preciso en las cartas comerciales.

para el adjetivo

San Salvador, 14 de septiembre de 2004.

Un cipotío Descalzo

A Salvador Rivera

Ninguno de mis antepasados fue ministro,
ni secretario de nada. Eso explica los pies
descalzos de mi padre que nació pobre
y fue rebelde a su manera.

De mayor lo vi resolver problemas que le habrían
quitado el sueño a un ingeniero, pero él recordaba
con orgullo la primer piscucha que hicieron sus manos
de niño.

Vendía dulces y no es que la infancia fuese un
país extraño, él era un pequeño extranjero en la
infancia.

No tuvo padre, pero tuvo un tío del tamaño de un árbol.

San Salvador era una ciudad que venía del otro siglo. Al pie de los árboles se podría la fruta.

Le gustaba cantar, cantaba en el baño. Su voz lo Lleva en sueños hasta la gloria. La gloria para un niño descalzo es una revancha contra la pobreza.

Hubo una época en que los artesanos de San Salvador imitaban el porte de los caballeros. Mi padre nunca perdonó los trajes mal cortados. Aquel herrero podía ser una tortura para cualquier sastre.

El niño descalzo escapó del mesón para forjar a Don Salvador Rivera.

Don Salvador disfruta las historias en que los de Abajo se redimen gracias al talento y el esfuerzo. Nunca supo quien era Julián Sorel, el hijo de un de carpintero que llegó a vivir entre aristócratas. Pero repetía una y otra vez la historia del pobre Rubén, hasta el punto de que llegamos a considerar

al poeta como un pariente triste y lejano.

Le gustaban Gardel y Agustín Lara y al final de
su vida reconoció que ya tarareaba con nostalgia
una melodía de los Béatles.

Es un hombre con un martillo en la mano, pero
también muy dado a capturar palabras extrañas.
Le gustan las palabras y los trazos. Le gusta crear
Artefactos y someter al hierro. Vive entre la palabra
y el hierro, mi padre.

Todo lo que hizo su cuerpo, el mismo cuerpo se
lo fue quitando. Al final vagaba solo entre las
maquinas como el último soldado en un campo
de batalla. Nunca se rindió, Su cuerpo sí, él no.

Cuando la parca llegó a visitarlo, él lo supo y la
recibió con un par de bromas. Hasta se permitió
una frase al estilo del mejor Bogart: si esto es la
muerte, no hay de que preocuparse.

Si el cipotío descalzo hubiese imaginado el final
de su vida, había visto que en su entierro la
admiración le robaría protagonismo a las lágrimas.

Fue bello su entierro. Cuando lo dejemos ahí, el
cielo estaba más abierto.

Anoche soñé con él. Lo sabía difunto, pero había
paz entre nosotros. Nos sentamos para
conversar y ver el mundo.

Cuando llega mi padre

Enemistado con su cuerpo,
en pleno Septiembre
mi padre murió joven
a los ochenta y cinco años.

Ni palabras ni las ideas
arrastraban el paso
por los talleres de su mente;
allá en lo alto, seguían
soñando nuevos trazos.

Tuvo un semblante
para adentrarse en la música

y una mirada precisa
para someter al hierro.

La marea del sol
retrocedió de golpe

y paredes y rostos se nublaron
el día en que su pecho renunció.

Él, que tanto discutía
aceptó sin conflicto
la caída del telón:
-Si esta es la muerte-dijo,
no veo cuál es el problema.

Postrado en la ambulancia,
ya en su última escena,
consideró necesario
hacer un par de bromas.

La fría corriente de la madrugada
suele traerlo desde el más allá.
Yo no le digo que está muerto
Ni el me pregunta por la vida.

Sin decir palabra nos sentamos

Frente al paisaje quieto del abismo.